

**Universidad Andina Simón Bolívar**  
**Sede Ecuador**

**Área de Estudios Sociales y Globales**

Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos

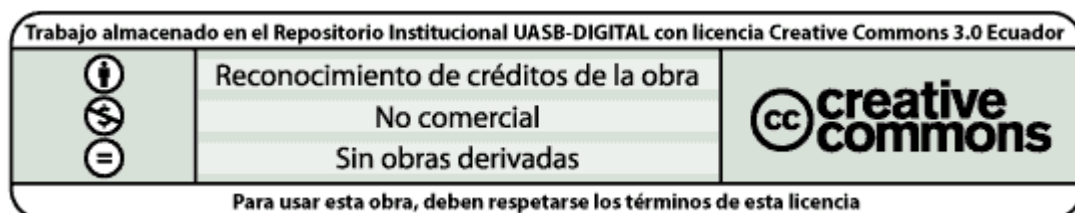
Mención en Relaciones Internacionales

**Populismo: ¿definición o indefinición?**

**Utilidad del concepto populismo para describir los nuevos  
liderazgos en América Latina**

Rebeca Sánchez Figuera

**Quito, 2016**



Yo, Rebeca Sánchez Figuera, autora de la tesis intitulada “Populismo: ¿definición o indefinición? Utilidad del concepto populismo para describir los nuevos liderazgos en América Latina”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de magíster en Estudios Latinoamericanos, mención Relaciones Internacionales, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo, por lo tanto, la Universidad utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en formato virtual, electrónico, digital u óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha. ....

Firma: .....

**Universidad Andina Simón Bolívar**  
**Sede Ecuador**

**Área de Estudios Sociales y Globales**

**Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos**  
**Mención: Relaciones Internacionales**

**Populismo: ¿definición o indefinición?**  
**Utilidad del concepto *populismo* para describir los nuevos liderazgos en América**  
**Latina**

Rebeca Sánchez Figuera  
Tutor: César Montúfar

Quito, 2016

## Resumen

La presente investigación tiene como propósito identificar la utilidad o no del concepto *populismo* para describir los nuevos liderazgos en América Latina. En un acto de honestidad, reconozco mi lugar de enunciación al rechazar el uso arbitrario y peyorativo del adjetivo “populista”, hecho que curiosamente influyó en mi elección del método lógico de Sartori para analizar el populismo. Ciertamente el enfoque positivista ha servido políticamente para condenar las experiencias denominadas “populistas”, no obstante, considero posible hacer una lectura alternativa que permita observar desde el propio el racionalismo técnico el uso muchas veces arbitrario del vocablo. Mi modesta contribución consiste en aplicar por vez primera la *escalera de abstracción* de Sartori al análisis conceptual del populismo como ejercicio demostrativo de lo que éste llama *estiramiento conceptual*, asimismo aportar al análisis de su utilidad dentro de las ciencias sociales, sin pretensiones de una investigación concluyente o de cerrar un debate donde es posible aportar desde múltiples visiones. A partir de este método, organizo y analizo las definiciones del populismo de Laclau, del populismo clásico, del neopopulismo y del populismo radical.

Los resultados de este trabajo muestran la ambigüedad y vaguedad del populismo como resultado de su estiramiento conceptual, hecho que el método positivista considera contraproducente para el “conocimiento científico”; no obstante, esta postura es dentro del post-estructuralismo de Laclau una de las principales limitaciones ontológicas de la teoría política para comprender fenómenos tan complejos como el populismo. Según el racionalismo técnico, utilizar el concepto populismo para describir los nuevos liderazgos de América Latina supondría una serie de dificultades como: distinguir entre una larga lista de características desorganizadas aquellas que son realmente definidoras y descartar las triviales, identificar los verdaderos referentes del concepto respecto de sus límites, empleo del término con significados divergentes y la pérdida de rigurosidad científica al migrar hacia el lenguaje corriente de los medios y del discurso político. Por ello, en la corriente sartoriana la utilidad del concepto dependerá de la posibilidad de reconstruirlo según los parámetros del método lógico. La escalera de abstracción y su Ley de variación inversa serán fundamentales en este proceso.

**Palabras claves:** populismo; estiramiento conceptual; connotación; denotación; ambigüedad; vaguedad.

*A mis padres*

### **Mis más sinceros agradecimientos...**

A mi compañero de camino, Fernando Casado, sin tu apoyo infinito no hubiese sido posible.

A la Universidad Andina Simón Bolívar por sus inconmensurables conocimientos y legado de amigos eternos.

A mi tutor César Montúfar por su apoyo absoluto y por enseñarme que es posible trabajar en equipo, aunque estemos en trincheras políticas opuestas.

A los miembros del jurado evaluador, Daniele Benzi y Esteban Nicholls, quienes ayudaron a dar las últimas pinceladas a este trabajo.

A Carlos de la Torre, por la entrevista concedida.

A mis padres, Sonsire y Jesús, por entregarme sus vidas para llegar a ser lo que hoy soy.

A mis hermanas Mile, Heidys, Nataly y Victoria por su infinito amor y por ser fuentes de inspiración.

A todos mis amigos, quienes siguen allí pese a mi lejanía en este proceso de formación.

A quienes no menciono, pero aportaron de alguna manera a este logro.

## **Tabla de contenido**

Introducción.....	9
Capítulo primero.....	16
La (in) utilidad de un concepto ambiguo.....	16
1. Un mismo término para una multiplicidad de experiencias .....	16
2. Etiqueta para estigmatizar.....	18
3. Populismo ¿lo mismo que lo político?.....	20
4. El estiramiento conceptual y el método lógico de Sartori .....	21
Capítulo segundo .....	29
Las diversas definiciones del populismo latinoamericano .....	29
1. Populismo de Laclau.....	29
2. Populismo clásico .....	34
3. Neopopulismo.....	41
4. Populismo radical .....	45
4.1. Populismo como estrategia política .....	46
4.2. Populismo como discurso .....	47
4.3. Populismo según su relación con la democracia: autoritario o democrático .....	48
5. Estiramiento conceptual del populismo desde el análisis de la relación connotación/intención-denotación/extensión.....	55
6. La importancia de la comprobabilidad en el método positivista .....	60
Conclusiones.....	63
Trabajos citados.....	66

## **Índice de ilustraciones**

Ilustración 1.- Extensión del concepto de acuerdo a la ley de variación inversa .....	24
---	----

Ilustración 2. Relación entre variables connotación/intención y denotación/extensión en el concepto populismo .....	55
--	----



¿Qué utilidad puede tener un concepto que se revela incapaz de diferenciar regímenes que manifiestan comportamientos tan radicalmente diferentes como los que en su tiempo encarnaron Hitler, Mao y Perón o, en la actualidad, Chávez y Uribe? Si uno de los rasgos que definen a una buena teoría es su capacidad de forjar conceptos que puedan distinguir y establecer diferencias entre fenómenos que, a primera vista, parecen semejantes, ¿para qué sirve una que fracasa tan estruendosamente en este principal propósito?

**Atilio Borón**

## **Introducción**

Lo que empezó como una inquietud personal por explicar el fenómeno del chavismo en Venezuela bajo el lente del populismo acabó convirtiéndose en un frustrado esfuerzo por encontrar los límites conceptuales de dicho término que ocupa un lugar destacado en el debate académico sobre las realidades latinoamericanas. Tras décadas de discusiones, los científicos sociales siguen enfrentando grandes desacuerdos en este tema. Las múltiples divergencias sobre su significado, atributos específicos, campos de dominio (discursivo, político, socioeconómico o histórico), más que avanzar hacia la configuración de una teoría -entendida como un conjunto organizado de ideas que explican un fenómeno- ha desembocado en la proliferación de un sinnúmero de definiciones, algunas radicalmente opuestas, no compatibles del todo con los casos en América Latina calificados como populismo, poniendo en duda la utilidad del término. Es precisamente este escenario nebuloso el que inspira la pregunta central de este trabajo: *¿es útil o no el concepto populismo para describir los nuevos liderazgos en América Latina?*, interrogante controvertida que algunos académicos juzgarán de inverosímil en tanto el riesgo de entramparnos en un debate sin fin, pero que sin duda nos lleva a un interesante ejercicio de desnaturalización del término.

Avanzaré hacia un terreno mucho más espinoso al tratar de responder mi pregunta de investigación desde el enfoque positivista sartoriano, siendo consciente de las connotaciones políticas y académicas de esta decisión, así como de las diversas acusaciones que se verterán sobre este trabajo. En lo político, significa recurrir al mismo razonamiento que respalda la supuesta superioridad de la democracia liberal de los países de Europa y Estados Unidos frente aquellas experiencias no inscritas en la lógica racionalista, como el populismo. En lo académico, implica reproducir la

episteme históricamente privilegiada por el proyecto de la modernidad, el positivismo científico, que por varios siglos ha pretendido imponerse como el método de mayor validez para todas las disciplinas y objetos de conocimiento, independientemente de su naturaleza, y cuya sacralización es hoy ampliamente cuestionada. En lo concreto, significa asumir la dificultad de estudiar un concepto amplio y flexible desde la rigidez del método científico, complicación que no tendría lugar desde otros enfoques no positivistas, donde tales características –por el contrario- serían interpretadas como fortalezas para el análisis de sistemas de gobiernos basados en el carisma y la cercanía al “pueblo”.

Ante potenciales señalamientos es necesario aclarar que los resultados de este trabajo no constituyen un *salto de fe* desde el método sartoriano ni mucho menos el reconocimiento de una falsa supremacía o autoridad frente otros enfoques igualmente válidos en el campo de las ciencias sociales. Lejos de ello, estas páginas muestran un sencillo ejercicio de mirar a través de los ojos de Sartori la inconmensurabilidad del populismo, que -a juzgar por los diagnósticos del autor dentro de la ciencia política- no dudaría en llamar *estiramiento conceptual*. Si bien es cierto que el método positivista ha servido políticamente para condenar las experiencias denominadas “populistas”, considero perfectamente posible hacer una lectura alternativa que permita observar desde el propio el racionalismo técnico el uso muchas veces arbitrario del vocablo. No se registra ningún aporte similar dentro de la amplia literatura del populismo, más allá del trabajo de Weyland, orientado hacia la reconceptualización del término.

Mientras que la mayor debilidad de esta investigación es que recurre a categorías de análisis que derivan inevitablemente en la imputación de responsabilidades al teórico post-marxista y post-estructuralista Ernesto Laclau en el llamado estiramiento conceptual del populismo, a sabiendas de que un análisis serio de la tradición laclauiana debe realizarse en sus propios términos, ya que los problemas teóricos de la misma son inmanentes. La perspectiva sartoriana termina simplificando los aportes de Laclau hasta el punto de que no resulta nada complicado señalarlo como partícipe de dicho estiramiento y pasar por alto tanto la crítica de este último al racionalismo positivista, como el hecho de que sus intereses de investigación no están centrados en la capacidad del concepto para establecer diferencias (como en el caso del positivismo sartoriano) sino en mirar el proceso de constitución de “pueblo” a través de la equivalencia de demandas insatisfechas.

Aclaradas las implicaciones de mi elección metodológica y entrando ahora en materia, vale señalar que la aparición de líderes como Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales en el escenario político latinoamericano reanimó el fantasma del populismo en los debates y reflexiones sobre las realidades contemporáneas de nuestros países. No obstante, como diría Sartori, la ambigüedad y vaguedad del concepto han llevado a algunos científicos sociales a problematizar su uso como herramienta de análisis, siendo cada vez más frecuentes interrogantes como las siguientes: ¿Es realmente útil el populismo en las ciencias sociales? (Aboy 2004, 96), ¿Es éste pertinente para analizar las nuevas democracias en América Latina? (Hurtado 2015, 41; De la Torre 2003, 60). Tales preguntas son especialmente relevantes si tomamos en cuenta que en medio de estos desacuerdos “conceptuales, una gran variedad de gobiernos, partidos políticos, movimientos, líderes y políticas han sido calificados como ‘populistas’ [...] Como resultado, los académicos han encontrado que el populismo tiene características radicalmente diferentes” (Weyland 2004, 12). De igual manera, algunos atributos del populismo como la apelación al pueblo y el clientelismo, no constituyen particularidades del mismo, sino una constante en el quehacer político de algunos países. En este sentido, Carlos de la Torre se pregunta:

¿En culturas políticas como las de Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, México, Bolivia, donde los políticos, los líderes de movimientos sociales y la gente común apela al pueblo para legitimar sus demandas cuál es la peculiaridad de la retórica populista? ¿*si la política se basa en los apelativos al pueblo, por qué seguimos obsesionados con la categoría ‘populismo’ que no deja de ser circular?* [Énfasis añadido] (Ibíd. 2004, 60).

Las interrogantes del autor cristalizan las dudas al interior de la comunidad académica sobre si el término populismo presenta realmente particularidades respecto de otros o si, por el contrario, es simplemente un comodín donde “todos los ‘ismos’ rechazados o extraños [...] encuentran su inscripción [...] fundamentalismo, racismo, chauvinismo”, entre otros (Aboy 2004, 89). No obstante, por encima de estas interrogantes, existe un uso frecuente y aparentemente intuitivo del vocablo populismo, cada vez más relacionado con propósitos descalificativos que con enunciados científicos que respondan a criterios de comprobabilidad.

Para el marxista Atilio Borón, el populismo fue útil en su primera aparición cuando el desarrollo teórico y el debate reflejaban una situación estructural, pero no ahora cuando el concepto se ha escindido de la realidad empírica. En una de sus

publicaciones titulada “¿Una nueva era populista en América Latina?” (2012), Borón asegura que el populismo vuelve al escenario latinoamericano como un concepto descarnado, es decir, carente de manifestaciones estructurales o de los “referentes externos y concretos [que tuvo] en diversos movimientos y regímenes políticos –tales como el peronismo, el varguismo, el rojaspinillismo, el ibañismo, el aprismo–” (2012, 140). El populismo, de acuerdo a su perspectiva, debutó en la escena latinoamericana como parte de una fase histórica del capitalismo en la cual la burguesía nacional se consolidaba como clase dominante e intentaba construir un mercado interno que le permitiera ensayar una modesta versión del Estado keynesiano europeo (139). No obstante, éste se habría “evaporado conceptualmente” junto a los “capitalismos nacionales”, perdiendo luego toda relación con los gobiernos neoliberales de los 80s y 90s, así como con los liderazgos de Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador y Morales en Bolivia y, de igual manera, con el futuro de la región (140).

Las reflexiones del autor podrían ser tomadas como punto de partida para un debate entre los teóricos del positivismo sobre la *comprobabilidad* del término populismo, es decir, si es posible comprobar su existencia en el ámbito de aplicación, ya que, como explica Sartori “el elemento caracterizador de todo conocimiento científico reside en su comprobabilidad”. Para este último, “en las ciencias sociales, un enunciado es ‘verdadero’ cuando transpone la valla del *control empírico*, y es ‘falsificado’ cuando no supera este control” (2000, 81) y, en la práctica, el control de la teoría viene dado por la *confirmación en los hechos* (82-83). En otras palabras, como el mismo autor señala, en todo saber empírico “si una teoría no funciona en la práctica, es una teoría falsa” (142).

Asimismo, el carácter polisémico y ambiguo del populismo, reconocido desde distintos lugares de enunciación (Borón 2012, 142; Laclau 2007, 11; Weyland 2004, 7; Aboy 2004, 84), sería para los positivistas un obstáculo en la identificación de particularidades y referentes concretos en la realidad empírica, sumándose a ello la migración del término desde el lenguaje científico al lenguaje corriente bajo una connotación muchas veces peyorativa contra movimientos posneoliberales (Borón 2012; Dussel 2012). Desde una posición crítica al racionalismo de la teoría política, el post-estructuralista Ernesto Laclau también reflexiona sobre la situación del concepto, coincidiendo con los científicos políticos en su falta de claridad, aunque discrepando de la supuesta necesidad de superar la “vaguedad”, como defienden estos últimos. En su

revisión de la literatura sobre el tema identifica como rasgo característico la reticencia o dificultad para dar un significado preciso al concepto. Según Laclau:

En la mayoría de los casos, la comprensión conceptual es reemplazada por la invocación a una intuición no verbalizada, o por enumeraciones descriptivas de una variedad de ‘rasgos relevantes’ –una relevancia que es socavada, en el mismo gesto que la afirma, por la referencia a una proliferación de excepciones-. (2007, 15).

Continuando con Sartori, a diferencia del lenguaje corriente donde las palabras son polivalentes y se usan de forma ambigua, en el razonamiento técnico instrumental “la precisión del lenguaje es esencial. Utilizar una palabra en vez de otra tiene importancia, y equivocar (esto es, usar impropriamente) un cierto término, equivale a equivocar el concepto” (Sartori 2000, 26-27), por ello el lenguaje científico debe establecer de modo explícito y unívoco el significado de los términos fundamentales de cada campo de conocimiento (Ibíd.), en este caso del populismo, central en el campo de las ciencias sociales.

Por tales elementos, científicos sociales como Roxborough (1984) y Rafael Quintero (1980) han descartado la utilidad del populismo como terminología propia de las ciencias sociales, mientras otros pensadores provenientes de distintas vertientes epistemológicas se resisten a su empleo como adjetivación peyorativa, entre ellos el marxista Atilio Borón (2012) –mencionado en líneas anteriores-, el filósofo de la liberación Enrique Dussel (2012) y el dependentista Aníbal Quijano (1998). No obstante, la comunidad académica en general se resiste a su desuso considerándolo necesario e incluso indispensable para entender la política latinoamericana de los nuevos tiempos, reconociendo -en algunos casos- su falta de claridad semántica (Weyland 2004; De la Torre 2004).

La presente investigación se propone identificar la utilidad o no del concepto populismo aplicado a los nuevos liderazgos de América Latina, a partir del método lógico de Sartori, el cual propone la *escalera de abstracción* como estrategia para determinar los límites y alcances de un concepto, permitiendo identificar los procesos de *estiramiento conceptual*, en este caso del populismo, a través del estudio de la relación entre las variables *connotación/intención-denotación/extensión*. En cuanto a las fuentes consultadas, las mismas son de carácter primario y secundario. Entre ellas se cuentan la asistencia al “Conversatorio: Populismo y hegemonía siglo XXI” en CIESPAL, el 15 de julio de 2015; una entrevista el 24 de julio a Carlos de la Torre,

reconocido estudioso del término; la búsqueda de datos en libros, revistas científicas, tesis de grado como la del estudiante Elkin Heredia -excelente esfuerzo de redefinición del populismo- y el manuscrito del académico César Montúfar titulado “¿VIVIMOS EN DEMOCRACIA? ¿Y si no, entonces en qué?”, el cual marcó las coordenadas de este trabajo; asimismo, se consultan documentos oficiales de organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), entre otros.

Como hemos visto, el trabajo presentado no es totalmente innovador en el sentido de que ya varios autores han problematizado el término populismo, dejando en evidencia sus contradicciones sedimentadas a lo largo del tiempo. Mi modesta contribución consiste en aplicar por vez primera la escalera de abstracción de Sartori al análisis conceptual del populismo como ejercicio demostrativo de lo que éste llama *estiramiento conceptual*, asimismo contribuir al análisis de su utilidad dentro de las ciencias sociales, sin pretensiones de una investigación concluyente o de cerrar un debate donde es posible aportar desde múltiples visiones. A diferencia de Sartori, para quien este tipo de investigaciones recupera la rigurosidad científica en la ciencia política que considera “gravemente debilitada por la inconsistencia metodológica” (Sartori 2011, 11), este trabajo no pretende mimetizarse en una pura y objetiva representación de una realidad dada, tampoco supone la pasividad del sujeto que observa (mi persona en el rol de investigadora), por el contrario, en él intervienen mi propia manera de ver la realidad, mis estructuras de percepción sensible, así como los modelos teóricos y valores que sobre éste proyecto.

El primer capítulo presenta algunos elementos que desde la epistemología empírico analítica ponen en tela de juicio la utilidad de la palabra populismo dentro de las ciencias sociales, como el uso del término para describir una multiplicidad de experiencias, su empleo no riguroso (en este caso como etiqueta para estigmatizar) y las confusiones entre los conceptos de populismo y lo político. Se explica aquí el fenómeno de estiramiento conceptual, así como el método lógico de Sartori para el análisis del mismo. El segundo capítulo muestra algunas de las definiciones más importantes del populismo en el contexto latinoamericano, organizadas de acuerdo a la escalera de abstracción de Sartori, desde el nivel más alto o abstracto donde ubico la propuesta de Laclau, hasta el nivel medio donde es posible estudiar con mayor profundidad las experiencias históricas del populismo clásico, el neopopulismo y el populismo radical. Al final del capítulo se presenta una sistematización de las variables connotación/intención-denotación/extensión como instrumento de análisis del

estiramiento conceptual del populismo, así como una reflexión sobre la comprobabilidad empírica de dicho concepto. En último lugar, se exponen las conclusiones.

## Capítulo primero

### La (in) utilidad de un concepto ambiguo

Propongo iniciar el análisis de la utilidad o inutilidad conceptual del populismo identificando los elementos que dentro del racionalismo técnico instrumental lo convierten en un concepto ambiguo y de baja capacidad discriminatoria. Describo en primer lugar las críticas que desde distintas corrientes epistemológicas han hecho autores como Rafael Quintero (1980), Ian Roxborough (1984), Atilio Borón y Aníbal Quijano (2012) al uso de dicho vocablo para definir experiencias disímiles de la historia latinoamericana. En segundo lugar hago un recorrido histórico de cómo el populismo llega a convertirse en una etiqueta para estigmatizar, proceso rastreado desde la época de Lenin y los bolcheviques hasta nuestros días, donde el método positivista ha jugado un rol central. Seguidamente esbozo los razonamientos de Borón y Quijano en los que cuestionan el aparente desdibujamiento de límites conceptuales entre el populismo y lo político. Finalmente detallo cómo el paradigma racionalista entiende los factores arriba mencionados según el fenómeno de *estiramiento conceptual* del populismo, así como las estrategias de análisis de este fenómeno establecidas en el método lógico de Sartori.

#### 1. Un mismo término para una multiplicidad de experiencias

Ya en la década de los 80s científicos sociales como Rafael Quintero (1980) e Ian Roxborough (1984) ponían en tela de juicio la validez de un término que por sí solo pretende explicar lo ocurrido en distintos momentos de la historia, incorporando dentro de una misma categoría regímenes civiles y militares de distintas ideologías y diversas políticas económicas (en De la Torre 1994, 2). El escepticismo de dichos autores se repite años más tarde en la voz del marxista Atilio Borón y del dependentista Aníbal Quijano quienes cuestionan la incapacidad discriminatoria del concepto.

Borón pone de manifiesto sus fuertes discrepancias con la teoría de Laclau, al asegurar que la misma permitiría equiparar experiencias políticas disímiles y, en algunos casos, diametralmente opuestas, en la medida que reduce el significado del populismo a la forma en que el líder simbolizar y articula demandas sociales insatisfechas (2012, 142). Al autor no le sorprende que Laclau utilice la palabra populismo para describir fenómenos que, desde la perspectiva marxista, divergen en aspectos como la lucha de clases y los contenidos de proyectos políticos. Asimismo,



acusa duramente a Laclau de estar atrapado en una incongruencia de la que intenta escapar introduciendo una distinción entre populismos de derecha y de izquierda, sin resolver lo que considera el “problema” de su producción teórica. El autor ilustra este argumento a través de la siguiente frase de Laclau, extraída del artículo “El nuevo populismo va a ser la base de la estabilización del Mercosur”, publicado en el 2007 por el diario *El Clarín*:

[...] el gobierno de Uribe es un populismo de derecha, en el sentido (de) que con su discurso del orden él logra crear una cierta cohesión social de grupos opuestos al cambio. De otro lado hay un populismo de izquierda que se ejemplifica claramente en Ecuador, en Bolivia, en Venezuela y, en términos de las opciones económicas, aunque no todavía en una forma política cristalizada, (en) la Argentina. (Laclau en Borón, 2012, 142)

Para Borón, el equiparamiento de experiencias como las arriba mencionadas responde a una “escisión” entre el concepto teórico y el mundo de la experiencia en la teoría de Laclau. Por su parte, Quijano considera legítimo poner en duda la pertinencia de usar una misma categoría para nombrar fenómenos diversos, especialmente si ésta es de una trayectoria tan equívoca como el populismo. Su respuesta es que no:

[...] a menos de estar acompañada de cuidadosos deslindes capaces de construir con ella un genuino campo de significaciones donde tales experiencias, a pesar de su diversidad, muestren alguna filiación histórica común.

Sin tales recaudos, el término “populismo” no puede ser otra cosa que una etiqueta, ciega a la discriminación, sin capacidad alguna de análisis ni de explicación, inapta para dar cuenta del carácter específico y del sentido histórico de esas experiencias políticas (1998, 172).

Inscrito en la corriente de la *colonialidad del poder*, Quijano cuestiona el uso de la palabra populismo como parte del molde eurocéntrico para interpretar las realidades latinoamericanas según un supuesto patrón histórico universal, el europeo, frente al cual todas las demás experiencias históricas son solo casos particulares (1998, 172). De acuerdo al autor, lo mejor sería abandonar el concepto, pero entiende que ésta es una posibilidad muy remota ante el arraigo del término en el vocabulario latinoamericano, ya sea el académico o el periodístico. Lo que sí resulta factible es evitar que su empleo “sea todo el tiempo ciego” (Ibíd.). Por su parte, Weyland ha hecho sólidos aportes en aras de delimitar el significado del populismo retomando las “guías para el análisis de concepto” de Sartori (1984) que utiliza para proponer una nueva

definición, circunscrita a la esfera de lo político, descartando las definiciones económico-estructuralistas que encierran a líderes diversos (Sachs en Weyland 2004, 30).

## **2. Etiqueta para estigmatizar**

¿Nos hemos preguntado por qué ningún dirigente político, movimiento o gobierno se reconoce a sí mismo como populista y son otros los que le atribuyen este apelativo, “normalmente”, en un sentido claramente peyorativo? La historia nos muestra las claves para entender cómo es que este polémico vocablo se ha convertido en una etiqueta para estigmatizar. No son pocos los autores que coinciden en la existencia de un proceso histórico de deformación del populismo en término peyorativo, fomentado inicialmente por los ideólogos del socialismo y del liberalismo (Cadahía 2015; Adamovsky 2015; Borón 2012; Quijano 1998). Éste se origina en la Rusia zarista del siglo XIX para describir -sin sesgo alguno- a los *narodniki*, es decir, la ola antiintelectualista de los socialistas afín al campesinado. Luego Lenin y sus seguidores, conocidos más tarde como bolcheviques, le imprimen un significado despectivo para presentar a los *narodniki* como no socialistas y, a la postre, no revolucionarios (Quijano 1998, 174). Pasado el año 1891, en Estados Unidos se utilizó despreciativamente contra un partido político de vida muy breve: el *People's Party* (Partido del Pueblo), que tuvo una relación muy cercana con los granjeros más humildes y una cierta tendencia anti-elitista. Se lo consideraba como una forma de liderazgo contraria a la democracia liberal porque apelaba a los afectos, a lo irracional (Adamovsky 2015).

En los años 50s autores como el sociólogo Edward Shils introducen el populismo en la academia, igualmente, en un sentido peyorativo para considerar todo aquello que se oponía a la democracia liberal, a saber: el bolchevismo en Rusia, el nazismo en Alemania, el Macartismo en Estados Unidos, en fin, cualquier fenómeno político cuyo objetivo sea “Movilizar los sentimientos irracionales de las masas para ponerlas en contra de las élites” (Ibíd.). Entre los 60s y 70s el término se utiliza en la academia para denominar un conjunto de procesos reformistas del llamado Tercer Mundo, específicamente en los países latinoamericanos: el Varguismo en Brasil, el Peronismo en Argentina y el Cardenismo en México, fenómenos en los que los académicos identificaron un liderazgo personalista, emotivo y unanimista, en relación dicotómica con el liderazgo institucional, racional y pluralista propio de la democracia

liberal de los países centrales. Se amplía en este periodo el uso del vocablo en referencia a una variedad de fenómenos: movimiento o régimen político, estilo de liderazgo o “ideología de resentimiento”, en cualquier caso con un tinte negativo que eclipsaba el reconocimiento de la expansión de nuevos derechos para los sectores deprimidos que logró el llamado populismo (Ibíd.).

A comienzos del siglo XXI, la palabra experimenta una vigorosa reaparición, promovida principalmente por el Departamento de Estado de EE.UU., los medios de comunicación, analistas y académicos conservadores como Jorge Castañeda (French 2009, 351), entre otros, a modo de insulto contra gobiernos latinoamericanos contrarios al Consenso de Washington y al modelo neoliberal (Borón 2012, 131; Dussel 2012, 178; French 2009, 353). Para Dussel, “todos los movimientos populares y políticos desde 1999 [...] que se oponen al proyecto neoliberal son tachados de populistas. En este sentido la ciencia social con pretensión de tal debería rechazar su uso [...] Se trata simplemente de un insulto, de un enunciado ideológico encubridor, usado para confundir al oponente sofisticadamente” (2012, 162). En concordancia con esta postura, Quijano estima que el populismo ha mutado en un concepto reduccionista que sirve a los neoliberales, según las necesidades políticas de cada caso, con fines descalificatorios, semejantes a los que cumplía bajo los estalinianos (1998, 176).

En el 2005 Laclau reflexionaba sobre la forma en que los académicos habían “degradado” y “denigrado” el populismo, es así como se propone “rescatarlo de su posición marginal en el discurso de las ciencias sociales” (2007, 34). El autor advierte la deformación del concepto en una simple antinomia de formas políticas dignificadas y racionales, así como su uso en términos de condena ética contra los movimientos que han sido llamados populistas (Ibíd.). Intelectuales venezolanos como Margarita López Maya y Edgardo Lander, si bien califican al gobierno de Chávez como populista, de igual manera critican el uso del término para descalificar a los líderes, movimientos y gobiernos que impulsan alternativas al neoliberalismo y la inclusión de sectores empobrecidos, ya que pierde su validez para analizar las experiencias históricas en América Latina (López Maya 2013, 59; Lander s.f., 13).

Sin embargo, Carlos De la Torre, uno de los teóricos más influyentes en los debates actuales sobre el tema, ha hecho grandes esfuerzos para recuperar la utilidad analítica de dicho concepto, intentando deslastrarlo de sesgos peyorativos, así como de visiones apologistas, a través de conceptualizaciones “no maniqueas”, como él mismo lo señala. Es importante destacar el giro que recientemente ha dado el autor

hacia el estudio de los rasgos “autoritarios” del populismo, especialmente en el gobierno de Correa; pese a ello, la presente investigación toma solo aquellas definiciones del autor que muestran un equilibrio de aspectos democratizantes y autoritarios, ya que las mismas permiten establecer un contraste entre los autores polarizados hacia una u otra tendencia.

### **3. Populismo ¿lo mismo que lo político?**

Para Borón, el populismo habría muerto como fenómeno histórico-estructural y resucita actualmente en forma de “atributo general de la política, de toda política; o como un estilo de vinculación entre líderes y masas; una estrategia discursiva o una retórica” (2012, 140). El autor toma como referencia la propuesta teórica de Laclau, quien años atrás señaló que el populismo es una forma como se constituye lo político (Borón 2012, 141; De la Torre 2008, 42; Dussel 2012, 162). En uno de los fragmentos de su famoso texto de 2005 *La razón Populista*, Laclau aclara que:

Nuestro intento no ha sido encontrar el *verdadero* referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a ningún fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. *El populismo es simplemente un modo de construir lo político* [Énfasis añadido] (Laclau 2007, 11).

En la teoría de Laclau, siempre que exista la combinación de momentos estructurales (la construcción de fronteras internas -nosotros- y la identificación de un “otro” institucionalizado), “cualesquiera que sean los contenidos ideológicos o sociales del movimiento político en cuestión, tenemos populismo de una clase u otra” (2007, 151). De esta manera el populismo está fuertemente influenciado por la lógica schmittiana de “amigo vs. enemigo”, propia de lo político, a partir de la cual construye fronteras sociales en las que el pueblo es interpelado en contraposición a una élite enemiga, en desafío al estatus quo (Weyland 2004, 31; De la Torre 2008, 42).

En su lectura de Laclau, Borón llega a concluir que “toda política es populista”, por tanto “el concepto pierde gran parte, si es que no toda, su utilidad heurística” (2012, 141). No obstante, en este punto es posible suponer que el autor emplea el término “política” indistintamente de lo “político” definido por Schmitt en torno al binomio amigo-enemigo. Chantal Mouffe distingue los conceptos de la política y lo político de la siguiente manera:

Por lo político me refiero a la dimensión de antagonismo inherente a las relaciones humanas, un antagonismo que puede tomar muchas formas y surgir en diferentes tipos de relaciones sociales. La política, por otro lado, indica el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que procuran establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque están afectadas por la dimensión de lo político (Mouffe en Heredia 2013, 58).

Tomando en cuenta esta diferenciación, podríamos decir entonces que el cuestionamiento por parte de Borón va más bien dirigido hacia al empleo del término populismo como sinónimo de lo político más que de la política.

En comunicación personal a la autora, del 24 de julio de 2015, Carlos de la Torre manifestó una opinión contraria a Borón al insistir en la utilidad del concepto populismo, en tanto “te permite estudiar las nuevas democracias en América Latina”. Para él, la diferencia central entre el populismo y lo político es que el primero “radicaliza la lógica [de lo político] ‘amigo-enemigo’”, es ésta radicalización lo que hace del populismo un concepto particular y diferenciado de lo político. Según el autor hay otras formas de hacer lo político donde igualmente se tiene un rival, pero con el cual se comparte un campo semántico, “lo que Mouffe [Chantal] llamaría la *política agonística*”.

Vale recordar que la propuesta de Mouffe se enmarca en su innovadora filosofía de la agonística según la cual el propósito de la política democrática es proveer de instituciones que ofrezcan condiciones para que los oponentes en conflicto no sean enemigos sino adversarios y puedan llegar a un consenso conflictual. Lejos de plantear la erradicación del antagonismo en lo político, lo cual –como ella misma reconoce– sería imposible, Mouffe propone convertir el antagonismo en agonismo, es decir, “domesticarlo mediante una serie de procedimientos democráticos aceptados y respetados por los adversarios” (2014, 16).

#### **4. El estiramiento conceptual y el método lógico de Sartori**

Como explica Sartori, las palabras tienden a ser polivalentes, es decir, a cada una de ellas *corresponden muchísimos significados* (2000, 17), esto supone una ventaja y una desventaja. La ventaja es que al pensar transcendemos las barreras impuestas por el vocabulario y otorgamos matices infinitos al significado, lo cual enriquece enormemente el saber (Ibíd.). La desventaja, especialmente en el campo de la ciencia, es que esto lleva con frecuencia a una falta de entendimiento, ya que al

utilizar un mismo vocablo pareciera que estamos refiriendo lo mismo, pero en sustancia pensamos algo diferente. Desde la óptica sartoriana, la polivalencia del término populismo en la ciencia política ha dejado de ser una ventaja para convertirse en una desventaja, en la medida que lleva a enormes desacuerdos conceptuales que impiden la acumulación de conocimiento científico y, por consiguiente, la creación de una teoría (Weyland 2004, 11).

La comunidad académica habría ensanchado tanto los significados del populismo al punto de atribuirle características absolutamente antagónicas, el ejemplo más visible es la antinomia autoritarismo-democracia que envuelve a dicho término. Sartori enmarca esta polivalencia en una realidad más amplia de inconsistencia metodológica en la ciencia política, caracterizada por la falta de una estructura lógica y de procedimientos de investigación científica, según sus propios diagnósticos (Coronado 2013, 27-28). Considera que la mayoría de los profesionales en el área ha optado por ampliar de manera “intuitiva” conceptos heredados, sin aplicar el filtro de un análisis lógico, cayendo así en la trampa del estiramiento conceptual (*conceptual stretching*), “o sea, en conceptualizaciones vagas e indefinidas” (30), diseminadas en diversos campos del conocimiento. Para Sartori, “hemos llegado a conceptos cada vez más vaporosos, indefinidos y sin límites” (Sartori 2000, 12) y si bien la ciencia política necesita categorías o conceptos “universales”, nada se gana si los mismos no son capaces de establecer diferencias (*“no difference” categories*), pues conllevan a falsas equivalencias (Ibíd.).

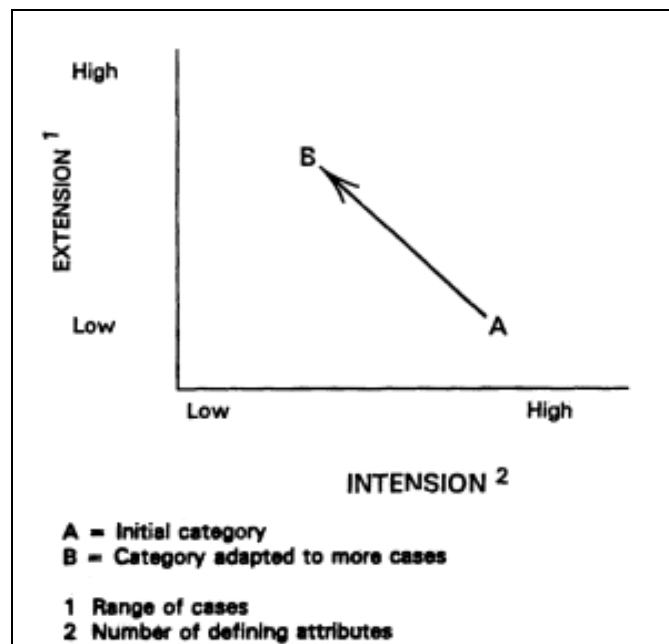
El método lógico de Sartori plantea la *escalera de abstracción* como la “forma en [la] que podemos determinar los alcances y límites de los conceptos” (Heredia 2013, 69). Se puede subir por la escalera de abstracción si se reduce el número de características y, viceversa, se puede descender si se incorporan características (Sartori 2000, 79). Esto nos lleva al análisis de dos dimensiones que están presentes en todo concepto: denotación/extensión y connotación/intención, relacionados de manera inversamente proporcional según la “Ley de variación inversa” (Collier y Mahon 1993, 845). La denotación/extensión hace referencia a la totalidad de objetos a la cual se aplica el concepto, mientras la connotación/intención constituye el número total de características que debe poseer un objeto para ser considerado parte del concepto. Los conceptos más específicos tienen una extensión limitada y una mayor intención, mientras los conceptos más generales poseen mayor extensión y una intención más limitada (Ibíd.).

En términos más detallados, es posible alcanzar tres niveles de abstracción al momento de conceptualizar: un nivel alto de categorías universales, distinguidas por su máxima denotación/extensión, mínima connotación/intención, las cuales permiten comparaciones entre áreas y contextos heterogéneos, dado que se presenta como una teoría universal (el populismo como discurso en la teoría de Laclau). Un nivel medio de categorías generales y taxonómicas, determinadas por el balance entre denotación/extensión y connotación/intención, siendo posible la comparación dentro de un mismo área entre contextos relativamente homogéneos, tratándose de una teoría de rango medio (el populismo en la revisión histórica de las experiencias latinoamericanas). Por último, un nivel bajo de categorías configurativas, posibles de distinguir por su máxima connotación/intención, mínima denotación/extensión y definición contextual, las cuales permiten un análisis país por país (por ejemplo, el populismo de Chávez en Venezuela) (Sartori 1970, 1044).

El *estiramiento conceptual* ocurre cuando aumentamos la denotación de un concepto sin reducir su connotación, en otras palabras, cuando aumentamos el número de objetos a los cuales aplicamos el concepto sin disminuir el número de características que deben poseer tales objetos para ser considerados parte del concepto (Heredia 2013, 69-70), violando la Ley de variación inversa. El resultado de esto suele ser una conceptualización amorfa con tentáculos que se extienden a diversos campos de conocimiento y a casos referenciales disímiles, desprovista de capacidad de precisión (Sartori 1970, 1034). O, como señala César Montúfar, “La consecuencia de esta práctica es que vacía de valor a los conceptos, los despoja de su potencial descriptivo y explicativo, e impide distinguir diferencias y semejanzas entre procesos y hechos diversos” (2014, 4).

Los teóricos, en su búsqueda inagotable de generalización, intentan aplicar sus propuestas conceptuales al mayor número de casos posibles tratando de alcanzar un conocimiento más amplio, con capacidad de “viajar en el tiempo” y adaptarse a nuevos contextos (Collier y Mahon 1993, 845). Sin embargo, cuando tratan de extender un concepto a nuevos casos, estos pueden resultar muy diferentes del concepto original. Para evitar este riesgo lo ideal es adaptar dicho concepto haciéndolo ascender por la escalera de abstracción de acuerdo a la Ley de variación inversa. A medida que aumenta la extensión se debe ir reduciendo la intención en un nivel necesario como para que el concepto se adapte a nuevos contextos (Ibíd.), tal como lo muestra la siguiente figura:

### Ilustración 1.- Extensión del concepto de acuerdo a la ley de variación inversa



Tomado de Collier y Mahon 1993, 846.

Los positivistas de la corriente sartoriana presentan la escalera de abstracción como un procedimiento específico para abordar el denominado estiramiento conceptual, ofreciéndola como punto de referencia para aquellos analistas que intentan extender los conceptos a nuevos casos (1993, 845). La misma supone un *tratamiento vertical* o sistematización jerárquica de conceptos, como se hará en la presente investigación. Pero estos últimos también pueden ser trabajados desde una lógica de *tratamiento disyuntivo* o desde una lógica de *tratamiento continuo*, y todos estos tratamientos corresponden al método lógico de formación de conceptos (Sartori 2000, 79). La lógica de tratamiento disyuntivo es aquella que clasifica, es decir, aplica un tratamiento lógico que consiste en 1. Establecer un *criterio* que permite 2. Distribuir los datos en clases *mutuamente excluyentes* que al mismo tiempo son 3. Exhaustivos, ya que cada uno de estos datos es clasificable (2000, 74). Mientras, la lógica de tratamiento continuo sistematiza el concepto en *gradación* o en diferencias de grado, de *más o menos*, no busca “cortar” sino por el contrario “arrimar”, amontonar. Desde esta perspectiva es posible transformar los conceptos en variables sujetas a medición. Por lo general, la lógica disyuntiva y la continua se necesitan mutuamente para



transitar desde la ciencia cualitativa, que clasifica, a la ciencia cuantitativa, que mide (75).

Sartori identifica dos obstáculos para llegar al conocimiento científico, el primero de ellos es la ambigüedad que se interpone entre la *palabra* y el *significado* y el segundo es la *vaguedad* que separa el *significado* de su *referente* (2000, 57), siendo ésta otra forma de entender el *estiramiento conceptual*. Un concepto es ambiguo como resultado de la homonimia, es decir, del uso de una misma palabra para referir distintos significados. Existe una *ambigüedad individual* que consiste en la singular confusión del autor, es decir, su propia inconsistencia en el manejo de significados; pero existe también una *ambigüedad colectiva* que cristaliza el “desafortunado” estado de una disciplina en la que cada investigador atribuye sus propios significados a términos clave. La ambigüedad colectiva puede llegar al nivel de destruir la capacidad de una disciplina de acumular conocimiento (Sartori 2009, 111).

La ambigüedad puede ser resuelta por medio de la supervisión, desplegando la siguiente regla en tres pasos: en primer lugar, verificar si el término clave -es decir, el que designa el concepto y los términos que conlleva- está claramente definido; seguidamente, si el significado declarado por su definición es ambiguo y; finalmente, si el significado declarado se mantiene en todo el desarrollo argumentativo del autor, sin cambios. La otra regla para supervisar si existe ambigüedad es chequear de manera permanente si los términos clave son empleados de manera inequívoca y consistente en los significados declarados (2009, 111-112). No obstante, para Sartori, en los casos en los que ésta aparezca, la “regla de oro” es tener una palabra por cada significado, con lo que se obtendrá una mayor claridad.

Un concepto es vago cuando *denota* mal o poco, ya sea porque su propio referente no está claramente delimitado o porque su capacidad de discriminar lo que contiene es nula. No obstante, la vaguedad puede ser entendida en tres sentidos: *límites indefinidos*, *miembros indefinidos* y *puntos de corte indefinidos*. Los límites indefinidos pueden ser el resultado de un número insuficiente de características para identificar los referentes con respecto a sus límites. En muchos casos, la ilimitación de un concepto podría remediarse incrementando el número de sus propiedades, lo cual incrementa su capacidad discriminatoria, aunque se debe tener en cuenta que la incorporación de un mayor número de características sin la reducción del número de casos conlleva inevitablemente a un estiramiento conceptual. Por su parte, los miembros indefinidos constituyen un conjunto difuso de objetos y es una clara

evidencia de la insuficiencia del poder discriminatorio de un concepto. Es por ello que se debe evaluar la extensión del concepto a partir de su grado de ilimitación y grado de denotatividad discriminatoria, esto es, identificando los miembros. En torno a los puntos de cortes indefinidos debemos preguntarnos qué entidades marginales o entidades fronterizas deben ser incluidas o excluidas del concepto, en esto ayudaría mucho resolver primero la indefinición de los miembros (Sartori 2009, 118).

Visto lo anterior, podemos señalar que un concepto es insatisfactorio -confuso o inadecuado- por tres razones: 1. Defectos en la intensión (presencia de características triviales o desorganizadas), 2. Defectos en la extensión (incapacidad denotativa – *undenotativeness*- o vaguedad) y, 3. Defectos en el término (ambigüedad). Por tanto, el análisis conceptual o terminológico abarca, en orden lógico, tres pasos: 1. Establecimiento de definiciones connotativas (según las características) del concepto, 2. Determinación de sus referentes (definición denotativa), 3. Asegurarnos de que el término está siendo entendido de manera inequívoca (definición declarativa) (Sartori 2009, 111). Particularmente en las ciencias empíricas, la *denotatividad* es un componente central que busca identificar la relación entre el significado y el referente “y que quiere en verdad ‘llegar’ al referente, ‘capturar’ al referente” (Sartori 2000, 57).

Tomando en cuenta los obstáculos de la ambigüedad y la vaguedad de los conceptos, el autor identifica tres tipos de definiciones, las declarativas, las denotativas y las caracterizadoras (Sartori 2000, 67). Las declarativas -como su nombre lo indica- consisten en declarar o exponer el significado específico con el cual se usa una determinada palabra, operación que es fácil de realizar si se recurre a un diccionario, su propósito es evitar las ambigüedades que suelen interponerse entre la palabra y el significado. Por su parte, las definiciones denotativas buscan impedir la vaguedad entre el significado y su referente dejando claro qué está incluido dentro del concepto y, por tanto, qué está excluido. En su revisión de Sartori, Montúfar explica que “la tarea de delimitación es uno de los requisitos básicos del proceso de conceptualización. Solo así se ordena y se circunscribe la observación de la realidad [...] una primera tarea de quien define es delimitar” (2014, 4). Este punto adquiere gran relieve en la presente investigación, donde se intenta precisar el *poder discriminador* del populismo, es decir, identificar cuáles son sus confines, si excluye otros conceptos o si, por el contrario, se apropia de atributos que no son exclusivos.

Por último, atendiendo específicamente al significado de los conceptos, las definiciones caracterizadoras son las que detallan las características, propiedades o

atributos del mismo. Estas últimas no solo enumeran, sino que reúnen todas las características de un concepto que han sido expuestas, de igual manera separan las *características definidoras* de las *características contingentes* (Sartori 2000, 67-68), siendo las primeras imprescindibles, ya que sin ellas no es posible aplicar una determinada palabra. Definir un concepto consiste en otorgar sus características definidoras, pero tales características necesarias deben reducirse al mínimo necesario a través de *definiciones mínimas* (Sartori 2000, 69).

Sartori define de manera muy básica el “concepto” como unidad del pensar, cuya estructura responde al esquema triangular palabra-significado-referente. De acuerdo al autor, “un concepto es expresión de un término (palabra), cuyos significados son declarados por definiciones, lo que se relaciona con los referentes” (2000, 65). Se entiende por concepto empírico aquel que tiene referentes, a diferencia del concepto no empírico que carece de los mismos, este último es denominado con frecuencia *término teórico* (66). En el razonamiento positivista sartoriano, el populismo aparece como un concepto empírico o no empírico según el nivel de abstracción desde el que se analice: es empírico cuando se ubica en un nivel óntico, es decir, de revisión histórica que busca sus manifestaciones en la práctica concreta, pero pasa a convertirse en un concepto no empírico cuando trasciende al nivel ontológico, específicamente en la teoría de Laclau, que supera la revisión histórica para analizar el discurso.

Siguiendo a Sartori, Weyland identifica tres tipos de conceptos: acumulativos, radiales y clásicos. Los *conceptos acumulativos* articulan las características definidoras que han sido destacadas por diferentes autores y se aplican solo en aquellos casos donde tales atributos se manifiestan de manera simultánea, calificando estos como instancias del concepto. Los *conceptos radiales* vinculan también los diversos atributos identificados por distintos autores, pero se aplican a cualquier caso que manifieste al menos una de las características definidoras. Cuando los casos comparten todas las características son considerados instancias completas del concepto, en cambio, cuando exhiben solo algunas de estas características y no otras, los mismos son incluidos como “subtipos disminuidos” mediante adjetivos calificativos. Los conceptos clásicos establecen un dominio primario entre los distintos campos del conocimiento subrayados por distintos autores y descarta atributos de otros campos para resaltar solo aquellas características necesarias en la identificación de las instancias de un concepto (2004, 13).

La revisión histórica de Weyland muestra que entre la década de los 60s y 80s la mayoría de los académicos desarrolló conceptos acumulativos de múltiples dominios, con una tendencia económico-estructuralista que establecía el determinismo de los procesos socioeconómicos sobre las políticas. Estos poseían bases empíricas ya que aquellas experiencias calificadas como populismo clásico exhibían el “síndrome” de características definidoras. La crisis de las nociones económico-estructuralistas en la década de los 70s y la aparición de líderes con un estilo similar al de los populistas clásicos, pero diferenciados en su apoyo a reformas neoliberales disolvió el “paquete” de características definidoras del populismo, ante lo cual los académicos adoptaron tres posturas: unos se mantienen apegados a las definiciones acumulativas, negándose a etiquetar esos nuevos liderazgos como populistas, especialmente a los neoliberales, otros mantienen la definición de dominio múltiple, pero a través de conceptos radiales, menos exigentes en materia de simultaneidad de características. Paralelamente, otros autores como el mismo Weyland redefinen el populismo como un concepto clásico, estableciendo la política como su dominio central.

## Capítulo segundo

### Las diversas definiciones del populismo latinoamericano

Una vez establecido el método lógico de Sartori para el análisis de conceptos, el presente capítulo traza una revisión –no exhaustiva ni acabada– de algunas de las definiciones más importantes del populismo latinoamericano. Según la *escalera de abstracción*, organizo las definiciones en un orden vertical o jerárquico, comenzando por el peldaño más alto de definiciones universales en el que se ubica el populismo de Laclau debido a su máxima denotación/extensión y mínima connotación/intensión. Posteriormente, descendiendo a un nivel medio de definiciones generales que permiten comparar experiencias entre distintos países de América Latina, peldaño que concentra el grueso de los aportes hasta ahora declarados.

En este último describo el *populismo clásico* que domina el debate académico desde los 60s hasta los 80s cuando pierde referentes empíricos; el *neopopulismo*, una redefinición conceptual frente a los cambios socioeconómicos que ocasionaron esta pérdida de referentes y al interés de los teóricos de extender el concepto a nuevos casos; y, finalmente, el *populismo radical* que alude a los liderazgos en América Latina de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. El trabajo de revisión conceptual sigue las pautas del positivismo sartoriano en un intento por descifrar cómo el autor explicaría el fenómeno del estiramiento conceptual en el caso del populismo. Presento al final una sistematización propia de las variables connotación/intención-denotación/extensión como instrumento de análisis del estiramiento conceptual del populismo, así como una reflexión sobre la comprobabilidad de dicho concepto desde el empirismo científico.

#### 1. Populismo de Laclau

En principio vale destacar que el populismo de Laclau constituye el aporte teórico más completo hasta ahora realizado en la materia. Su enfoque post-estructuralista y post-marxista le permite superar lo que él mismo considera las limitaciones de la teoría política en el manejo de herramientas ontológicas disponibles para el análisis, hecho al que atribuye el *impasse* entre la mencionada teoría y el populismo (2007, 16). Coincide con los científicos políticos en que “cuantas más determinaciones se incluyen en el concepto general [del populismo], menos capaz es el concepto de hegemonizar el análisis concreto” (22), en cambio –como dato relevante

para este trabajo-, Laclau no ve necesariamente un problema en la “imprecisión” y “vaguedad” del término, en su lugar considera provechoso rescatar tales categorías descriptivas en su sentido literal, “pero rechazando los prejuicios que están en la base de su desestimación” (32). Esto significa tomar distancia de las visiones que contraponen la “vaguedad” a una lógica política madura de elevada determinación institucional y, a partir de allí, formularnos las siguientes interrogantes:

[...] la ‘vaguedad’ de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social? Y en ese caso, ¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes? Finalmente, el populismo, ¿es realmente un momento de transición derivado de la inmadurez de los actores sociales destinado a ser suplantado en un estadio posterior, o constituye más bien una dimensión constante de la acción política, que surge necesariamente (en diferentes grados) en todos los discursos políticos, subvirtiendo y complicando las operaciones de las ideologías presuntamente ‘más maduras’? (2007, 32-33).

Si bien la corriente laclauiana tiene sus propios presupuestos y lógicas internas de razonamientos, el análisis conceptual sartoriano no puede simplemente ignorar una de las mayores contribuciones a los estudios sobre populismo, lo que significa necesariamente aplicar categorías de análisis exógenas, propias del modelo positivista, aspecto que representa la mayor debilidad metodológica de este trabajo, tal como señalé en líneas introductorias.

Según el método de análisis conceptual de Satori, el populismo de Laclau se encuentra en el peldaño más alto de la escalera de abstracción, dado que se presenta como categoría universal que posibilita la comparación de experiencias en contextos heterogéneos y carece de referentes empíricos, entendidos éstos como hechos delimitables (máxima denotación/extensión y mínima connotación/intención). Laclau trasciende el plano *óntico* de revisionismo histórico y alcanza el plano *ontológico* de teorización, en un intento por demostrar que el populismo no tiene unidad referencial porque es simplemente un modo de construir lo político (Laclau 2007, 11). Dentro de su propuesta, cualquier esfuerzo por hallar las especificidades del populismo en los hechos será esencialmente erróneo, ya que siempre será superado por un sinnúmero de excepciones, por tanto, lo correcto es entender el término como una *lógica política* (150), más aún, como la “vía real” para comprender la constitución ontológica de lo político como tal (91).

No debe confundirse la falta de referentes empíricos -o fenómenos delimitados como movimiento, clase, modelo de desarrollo, etc.- con la ausencia de una exploración empírica de los populismos “realmente existentes” por parte del autor. Al contrario, Laclau realiza un importante trabajo de revisión histórica donde expone el funcionamiento completo de la lógica del populismo. Así se observa en los capítulos séptimo y octavo de *La Razón Populista*, donde analiza las experiencias en Europa Occidental, Europa del Este, la República de Turquía, Estados Unidos, América Latina, entre otros. Para el autor, en América Latina este fenómeno surge como un populismo de Estado que intentaba fortalecer el papel del Estado central en antagonismo con las oligarquías terratenientes, razón por la cual fueron fundamentalmente movimientos urbanos, protagonizados por las emergentes clases medias y populares, entre las décadas de 1910 y 1950 (Laclau 2007, 238).

Éste elabora su propuesta siguiendo una unidad mínima de análisis que son las *demandas*, las cuales configuran sujetos y grupos. A partir de las mismas es posible presentar una primera definición del populismo como “[...] una de las formas de construir la propia unidad de grupo”, tal como se lee en el famoso texto *La razón populista* (Laclau 2007, 97). El autor distingue dos tipos de demandas, las democráticas y las populares, ambas “se definen según la relación que sostengan con la administración” (Heredia 2013, 41): las *demandas democráticas* son aquellas que, satisfechas o no, se mantienen aisladas, a diferencia de las *demandas populares* que se articulan de forma equivalencial frente a la pérdida de eficacia y legitimidad de los canales institucionales para vehiculizarlas. Cuando las demandas no son satisfechas:

[...] la gente puede comenzar a percibir que los vecinos tienen otras demandas igualmente insatisfechas [...] Si la situación permanece igual por un determinado tiempo, habrá una acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas de modo *diferencial* (cada una de una manera separada de las otras) y esto establece entre ellas una relación *equivalencial* (Laclau 2007, 99).

En el caso de América Latina, el populismo se habría dado en dos etapas: en la primera la brecha entre las demandas democráticas y el Estado liberal no era tan amplia como para llegar a una relación de antagonismo, ya que tales demandas se orientaban a la democratización interna de los sistemas liberales. El régimen liberal establecido por las oligarquías gobernantes tras las guerras civiles que siguieron a los procesos independentistas aplicó una fórmula política caracterizada por el control del sistema

electoral por parte de los terratenientes locales en las entidades rurales, así como el control de los sectores urbanos embrionarios mediante redes clientelistas, fórmula que presidió el desarrollo económico y la incorporación de la región en el mercado mundial durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, el desarrollo económico derivó en una acelerada urbanización y el crecimiento de las clases medias y bajas, que entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX comenzaron a demandar políticas redistributivas y una mayor participación política. Es así como se genera el entorno típico del populismo, es decir, la acumulación de demandas insatisfechas y su personificación en líderes populares, frente a un sistema clientelista renuente a la ampliación de derechos políticos. La segunda etapa inicia tras la radicalización de los populismos latinoamericanos en el marco de la gran depresión de comienzos de los años 30s que limitó las capacidades redistributivas de los Estados liberales oligárquicos, así como su potencialidad de absorber las demandas democráticas, convertidas ahora en demandas populares asociadas de forma equivalencial. Esto provocó la fractura entre el liberalismo y la democracia, situación que marcaría la política de América Latina en los siguientes veinticinco años. El “pueblo” -constituido a partir de movilizaciones vinculadas con tales regímenes- mostraban un carácter estatista, mientras la construcción de un Estado nacional fuerte se dio en oposición al poder oligárquico local (2007, 239-240).

Volviendo a la dimensión teórica, la equivalencia de las demandas no viene dada por la paridad de sus contenidos, sino porque estas comparten una misma situación de insatisfacción. Es aquí donde aparece el populismo en su estado embrionario a partir de dos precondiciones: en primer lugar, la configuración de una frontera interna antagónica que separa el “pueblo” del poder (ruptura populista) y segundo, la articulación equivalencial de demandas de las que brota el “pueblo” (Ibíd.). La unificación de las demandas particulares en cadenas equivalenciales es posible por un sentimiento de solidaridad frente al poder que las niega y respecto del cual se crea un antagonismo (Heredia 2013, 42). Pero para que estas demandas particulares se consoliden como universales es necesario “avanzar unos pasos” hacia su “unificación simbólica” (Heredia 2013, 24; Laclau 2007, 99), lo que significa “vaciar” la demanda de sus diferencias (sin que ésta deje de ser particular) para asumir los aspectos compartidos con las otras demandas y así conformar una misma demanda en una “totalidad incommensurable” (Laclau 2007, 95). Esto “presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales” (2007, 150).



Una vez que las demandas se plasman en símbolos comunes “algunos líderes comienzan a interpelar estas masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él”, tal como lo explica el autor en otro de sus trabajos (Laclau 2007, 58). De esta manera, el populismo emerge articulando tres dimensiones: “la equivalencia entre las demandas insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno a ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder cuya palabra encarna este proceso de identificación popular” (Ibíd.). El discurso del líder logra articular las demandas en torno a un proyecto común que “cristaliza en símbolos, consignas e ideas movilizadoras que construyeron discursivamente al pueblo como sujeto histórico colectivo” (Laclau en Cancino s.f., 13). El discurso populista tiene un componente ideológico en el sentido de que le otorga identidad a “los de abajo”, los históricamente excluidos, aquellos que dan cuerpo al pueblo. Esto es precisamente lo que ocurre, por ejemplo, en Venezuela tras el ascenso de Chávez al poder en 1998, como explica el propio Laclau: “En el caso venezolano, la transición hacia una sociedad más justa requería el desplazamiento de la elite, para lo cual era necesario construir un nuevo actor colectivo -cuyo símbolo es el bolivarianismo y cuyo emergente es Hugo Chávez- a través de una ruptura populista” (2006, 57).

En términos gramscianos, la apelación discursiva al pueblo da lugar a una nueva configuración hegemónica o un “nuevo bloque histórico” que supone un cambio de régimen y una reestructuración del espacio público, lo cual no anticipa nada sobre el contenido ideológico del populismo, ya que este puede adoptar ideologías tan diversas que van desde el comunismo hasta el fascismo (Laclau 2006, 57). En *La Razón Populista*, el autor estima correctas las conjeturas de Peter Worsley en las que valora el populismo como un énfasis o dimensión de la cultura política en general que puede manifestarse en diferentes movimientos, independientemente de su tinte ideológico (2007, 29).

Es precisamente esta equivalencia entre regímenes radicalmente diferentes lo que ha dado lugar a que autores como Borón argumenten la incapacidad discriminatoria del concepto. Su aparente simplificación al antagonismo nosotros (pueblo)-ellos (institucionalidad) le habría vaciado de contenido histórico, lo que llevaría a conjeturar que toda política es populista (Borón 2013, 141-142). En la misma línea de Borón, Barros (2009) asegura que uno de los problemas en la definición de populismo de Laclau es que el término “se transformaba en sinónimo de política perdiendo especificidad” (en Heredia 2013, 61).

Para el racionalismo sartoriano, Laclau en su intento de crear una definición *mínima* y universal, reduce las *características definidoras* al antagonismo nosotros-ellos, provocando un paralelismo con el concepto mismo de lo político, lo cual se traduce en un *estiramiento conceptual*. Según esta perspectiva, el autor convierte el populismo en un concepto indefinido y vago: por una parte, desdibuja las fronteras entre el populismo y el concepto mismo de lo político cuando atribuye como característica definidora la misma que define lo político; de igual manera, homogeneiza sujetos y hechos disímiles creando falsas equivalencias entre los mismos, lo que inevitablemente desarma el concepto de sus capacidades denotativas, es decir, de sus capacidades para discriminar. Laclau se adelanta a este tipo de cuestionamientos al señalar que:

Una consecuencia de nuestra intervención es que el referente del “populismo” se vuelve borroso, pues muchos fenómenos que tradicionalmente no fueron considerados como populistas en nuestro análisis caen dentro de esta clasificación. Aquí reside una crítica potencial a nuestro enfoque, a la cual sólo podemos responder que el referente del “populismo” siempre ha sido ambiguo y vago en el análisis social (2007, 11).

Lo que en el análisis conceptual sartoriano representa una falta de capacidad denotativa, en el análisis de Laclau se trata de una constante en la literatura sobre el populismo que refleja la inexistencia de fenómenos delimitables en tanto lógica política que atraviesa una variedad de fenómenos. Además de ello, como se señaló en la parte introductoria de este trabajo, la perspectiva sartoriana termina simplificando los aportes de Laclau hasta el punto de que no resulta nada complicado señalarlo como partícipe de dicho estiramiento y pasar por alto tanto la crítica de este último al racionalismo positivista, como el hecho de que sus intereses de investigación no están centrados en la capacidad del concepto para establecer diferencias (como en el caso del positivismo sartoriano) sino en mirar el proceso de constitución de “pueblo” a través de la equivalencia de demandas insatisfechas.

## **2. Populismo clásico**

Si bajamos un peldaño en la *escalera de abstracción* pasamos al nivel medio donde es posible mirar las manifestaciones históricas del populismo en América Latina. Desde la década de los 60 hasta los 80 del siglo pasado, el concepto dominó el debate académico latinoamericano describiendo en buena medida los factores políticos

y socioeconómicos de los 30s y 40s (Juan Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, José María Velasco Ibarra en Ecuador, Víctor Haya de la Torre en Perú), hoy día categorizados como la *primera ola populista* (De la Torre 2009, 34). La lógica del racionalismo científico permite afirmar que el populismo es desde su entrada en el ámbito académico un *concepto vago e indefinido* ya que se conforma a partir de diferentes contribuciones teóricas, lo cual “aumenta también el número de ‘conflictos límite’ porque estos engloban algunos atributos de diferentes dominios” (Weyland 2004, 15) y dificulta, por tanto, la identificación de sus referentes. Desde esta perspectiva, el *estiramiento conceptual* se produce el mismo momento de su nacimiento en las ciencias sociales. No obstante, el hecho de ofrecer un “paquete” de características simultáneas tanto socioeconómicas como políticas, suponía al mismo tiempo la ventaja de establecer “altos parámetros para una inclusión y mayor claridad, minimizando el peligro de ‘afirmaciones falsas’” (Weyland 2004, 15). En otras palabras, el carácter acumulativo de estas definiciones permitía identificar solo aquellos casos de alta correspondencia con las características definidoras y descartar aquellos que no (2004, 13).

Las definiciones del populismo clásico estuvieron animadas por las teorías del desarrollo y subdesarrollo en boga: la teoría de la modernización y de la dependencia que, dada su tendencia económico-estructuralista, generalmente interpretaban los procesos socioeconómicos como determinantes de lo político (Weyland 2004, 17). Gino Germani (1971) y Torcuato Di Tella (1975), desde el estructuralismo-funcionalista vincularon esta palabra con la transición de una sociedad tradicional a una moderna, proceso que implicó el cambio de un sistema político de participación limitada a un nuevo sistema político de participación ampliada (De la Torre 2009, 32; FLACSO s.f., 20). Obviando fenómenos como el fascismo en Europa, los autores aseguran que en los países desarrollados esta transición se dio a través de la consolidación de una democracia representativa que habría ampliado gradualmente sus bases políticas así como la denominada “ciudadanía”, al contrario de los llamados países subdesarrollados donde la misma se habría producido a través de formas “degradadas” como el populismo (Viguera 1993, 50; FLACSO s.f., 22). Según ellos, la transición indujo tempranamente a la incorporación de las “masas” en una estructura política todavía anacrónica y ante la ausencia de canales político-institucionales aparece esta “deformación”, caracterizada por la supuesta negación de la democracia

representativa y la manipulación de “masas irracionales” por parte de líderes demagógicos y carismáticos (Viguera 1993, 51; FLACSO s.f., 22).

La propuesta teórica de Germani otorga centralidad a los conceptos de *asincronía* y *privación relativa*, como atribuciones concretas de los procesos de desarrollo en los países latinoamericanos. Por *asincronía* entiende “la coexistencia en una misma época de elementos pertenecientes a la sociedad tradicional y a la sociedad moderna”, fenómeno materializado en las discordancias entre grupos, clases sociales o regiones dentro de un mismo país o entre países (FLACSO s.f., 21). Mientras, la *privación relativa* –según Di Tella- describe cómo las aspiraciones de los actores sociales (las masas y las élites al margen del poder) de mejorar sus condiciones de vida trascienden los avances sociales alcanzados (Ibíd.).

Otros conceptos básicos en la teoría de Germani son la *movilización* e *integración*. El autor interpreta la movilización desde una perspectiva psicosociológica en la que los grupos aletargados en la pasividad “adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo, de participación, produciéndose el paso de la acción prescriptiva a la deliberativa” (FLACSO s.f., 22). Por su parte, la integración es una forma específica de participación de los grupos movilizados, la cual –para el teórico- debe darse dentro de los canales institucionales existentes y, al mismo tiempo, gozar de legitimidad entre los grupos movilizados a través del consenso. La participación electoral resulta fundamental en la generación de este consenso. Entre ambos conceptos –movilización e integración- debe producirse una correspondencia, hecho que dependerá de la capacidad del sistema para crear los espacios de participación necesarios, así como los pilares del consenso en fase previa a la movilización (Ibíd.).

Germani aplicó la idea de sociedad-masa en su estudio de la experiencia peronista argentina entre los años 30s y 40s y, a partir de allí, interpretó la supuesta disponibilidad de las mismas a la manipulación de líderes carismáticos y autoritarios, esto como resultado de la falta de canales institucionales de participación política que asimilaran la inédita movilización de los sectores populares excluidos hasta ese momento (FLACSO s.f., 23). La idea de la sociedad-masa que sirvió de brújula en los análisis de Germani y Di Tella da por sentado la supuesta peligrosidad de la acción colectiva, en tanto su carácter anómico (es decir, desorganizado y aislado) y, al mismo tiempo, irracional. Aquí los aportes de tales autores exhiben un tinte profundamente conservador, como diría Melucci (en FLACSO s.f., 24), en tanto parten de la supuesta irracionalidad de la acción colectiva, lo que desplaza cualquier análisis en torno a los

seguidores del líder populista y sobredimensiona el peso explicativo de este último. Ya en 1989 Carlos de la Torre hacía un llamamiento a superar la tesis de irracionalidad como tarea ineludible en el estudio del comportamiento de los sectores populares en las distintas manifestaciones del populismo, solo de esta manera sería posible una mayor comprensión de tales fenómenos (en FLACSO s.f., 25). Asimismo, a pesar de diversos estudios que demuestran su falta de fundamentos (Viguera 1993, 59-60; De la Torre 2003, 56-57), el componente de irracionalidad sigue siendo una constante en las conceptualizaciones del populismo (Hermet 2003 y Weyland 1996 en Heredia 2013, 11). A este se contraponen, por ejemplo, los estudios de racionalidad instrumental que demuestran la estrategia deliberada de movimientos sociales en pro de determinados objetivos sociales y económicos a través del uso de los recursos disponibles (FLACSO s.f., 25).

Un estudio de la FLACSO observa en la propuesta de Germani el rostro democratizador del populismo “porque entraña el ejercicio de cierto grado de libertad, no concebible en situaciones anteriores a la instauración de los regímenes nacional-populares” (s.f., 26), en otras palabras, éste dio lugar a la incorporación de sectores antes excluidos al ofrecer nuevos espacios de participación, reduciendo las cuotas de poder de las clases dominantes. Tal fenómeno sociopolítico tuvo también efectos psicosociales, principalmente la toma de conciencia por parte de los nuevos sujetos sociales respecto de su condición de exclusión, así como de sus potencialidades en tanto nueva fuerza política, dejando de ser simples espectadores para convertirse en sujetos activos. Sin embargo, la participación de las llamadas masas no habría significado necesariamente una transformación efectiva de sus realidades, en tanto la orientación personalista de dichas políticas inclusivas. Asimismo, la participación de nuevos actores en el populismo habría tenido efectos contraproducentes debido a las tensiones entre los intereses de las masas y el de las élites que conformaban las *coaliciones populistas*, como diría Di Tella (en FLACSO s.f., 27). En este punto vale señalar que las coaliciones populistas estuvieron conformadas por distintas clases sociales, amalgamadas en torno a la ideología nacionalista que sirvió de instrumento de integración, de movilización y de control social (Ibíd.).

El punto de vista de Di Tella, como indica De Ipola, establece una relación directa con el proceso de desarrollo económico y es interpretado como un movimiento político con una base social constituida por masas obreras o campesinas “disponibles” a ser manipuladas, que demandan la participación en la redistribución de los recursos,

así como en la toma de decisiones políticas, no obstante, carecen de una organización propia que represente sus intereses de clase. Es mediante el populismo que tienen lugar los movimientos sociales multclasistas, liderados por la clase media o alta y una base social obrera o campesina. Según el autor:

[...] el populismo, por consiguiente, es un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importante influencia en el partido y sustentador de una ideología anti-statu quo. Sus fuentes de fuerza o ‘nexos de organización’ son: a) una elite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones anti-statu quo; b) una masa movilizadora formada como resultado de la ‘revolución de las aspiraciones’; y c) una ideología o un estado emocional difundido que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores y cree en un entusiasmo colectivo (En Corte 2015, 5).

Germani y Di Tella comparten la idea de que las transiciones son aquellas coyunturas de tensión estructural que conducen a la aparición de fenómenos como el populismo (Ibíd.). Aunque los dependentistas rechazaron la noción de transición hacia la modernidad se alinearon, junto a los marxistas, a la perspectiva histórico-estructuralista (Heredia 2013, 19) que posibilita un acercamiento a los procesos políticos latinoamericanos desde su especificidad y no desde la comparación con los procesos de los países centrales (FLACSO s.f., 32). Los dependentistas relacionan el populismo con una fase específica de desarrollo del capitalismo latinoamericano (Heredia 2013, 19) que nace con la crisis del modelo agroexportador en 1929 “y de su contraparte política, el Estado oligárquico” (Viguera 1993, 54). Se despliega aquí una estrategia de acumulación basada en la llamada Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), asimismo en la creciente participación del Estado en el ámbito económico y en la incorporación de sectores populares a través de políticas redistributivas que permitieran a estos últimos fungir como consumidores/dinamizadores del mercado interno. Vilas establece una diferencia entre la ampliación del consumo como parte de una estrategia de acumulación de aquellas interpretaciones que le otorgan un propósito demagógico o de justicia social, asegurando además que no siempre existe coincidencia entre dicha ampliación y la redistribución del ingresos (Viguera 1993, 56).

Según la teoría de la dependencia, el populismo expresa una alianza de clases entre “la ‘burguesía industrial nacional’ y las clases obreras urbanas emergentes y movilizadas” (Ibíd.), frente a la incapacidad de la primera para constituirse como clase hegemónica e imponer su proyecto al conjunto de la sociedad, hecho que la obliga a

pactar con otros sectores en lo que Weffort llama un “Estado de compromiso” (FLACSO s.f., 33; Viguera 1993, 56). Para Viguera, “El discurso populista en tanto nacionalista, antiimperialista, antioligárquico, y desarrollista, sería entonces, a su vez”, la manifestación de los intereses de la alianza de clases y sería un elemento funcional al modelo de acumulación capitalista desplegado en los países dependientes (Viguera 1993, 54). No obstante, Vilas en su momento consideró excesivo hablar de alianza de clases, porque lo que habría ocurrido sería un “conjunto fluido de coincidencias y acuerdos” o “equilibrios inestables de compromiso” establecidos desde fuera de las clases implicadas (Viguera 1993, 53).

Bajo esta misma perspectiva, los teóricos del marxismo vinculan el populismo con la génesis de la sociedad de clases en América Latina, ya que posibilitó la movilización de los sectores populares (campesinos, artesanos y el naciente proletariado) que se mantuvieron invisibilizados durante el régimen oligárquico (FLACSO s.f., 33). No obstante, como explican los dependentistas, la autonomía de estos sectores para llevar adelante verdaderas transformaciones sociales se vio limitada frente a las taras feudales del régimen oligárquico (Ibíd.). Dicha postura teórica coincide con la de la modernidad al plantear la supuesta susceptibilidad de las clases movilizadas a ser manipuladas, así como en la presunta inexistencia de intereses propios.

Muchos de estos aportes serán defendidos más adelante por Carlos Vilas, a finales de los 80s, tras el surgimiento del neopopulismo como fenómeno separado del enfoque estructural. El autor advierte una mala caracterización del populismo y su *estiramiento conceptual*, paralelamente, descarta la noción del mismo como un hecho aislado para pensarlo como un fenómeno de rasgos acumulativos, a saber: incorporación de las clases populares a una alianza multclasista, industrialización y redistribución bajo la conducción del Estado, política nacionalista, no alineamiento internacional y conducción fuertemente personalizada (Vilas en Hurtado 2015, 40). Insiste en que el populismo refiere a una experiencia concreta, ubicada temporal y espacialmente en un contexto irrepetible, de esta manera el término neopopulismo resultaría impropio (Vilas en Heredia 2013, 12). En palabras del autor, el populismo “corresponde a un momento y características particulares del desarrollo de la economía capitalista que hoy pertenece al pasado” (Ibíd.). A partir de esta premisa, rescata la definición del populismo como una estrategia de acumulación por parte de cierto fragmento de la burguesía, en una etapa históricamente ubicada de

acumulación de capital y; como práctica político-ideológica, se circunscribe primero a una estructura económica y a partir de ella es posible que trascienda a las superestructuras (Vilas 1988, 324).

A principios del siglo XXI, autores como Atilio Borón y Enrique Dussel coinciden en situar el populismo en una fase determinada del proceso de acumulación capitalista en la cual la burguesía de los Estados-nación se instauraba como dominante en su “misión histórica” de construir un mercado interno y, a través de él, ensayar una serie de políticas que permitieran transitar desde el Estado liberal al Estado keynesiano, como habían hecho los países europeos (Borón 2012, 139). Tomando en cuenta la situación geopolítica de los países de la región bajo la órbita de dominio de Estados Unidos, así como su historia social distinta a la del viejo continente, estos no recibieron la misma influencia que sobre Europa irradiaba la Unión Soviética, por tanto, “la forma específica en que se produjo ese reemplazo [del Estado liberal] fue una variante muy peculiar del Estado keynesiano, a saber, el populismo, y no el compromiso de clases socialdemócratas” (2012, 138).

Como explica Borón, las concepciones dominantes en las ciencias sociales a mediados del siglo XX reflejaban una situación estructural de “doble empate de clases”, es decir, por un lado el empate entre los sectores populares y los sectores hegemónicos de la coalición, conformada por la burguesía y sus aliados en las filas de las fuerzas armadas y en el seno del Estado; por otro lado, el empate entre la fracción populista y representantes del poder tradicional en lo político, económico y social, agrupados dentro de la categoría “oligarquía” (139). El *doble empate* respondía a la necesidad de mantener una unidad nacional y el equilibrio entre los distintos actores sociales, conducir los destinos de la nación por encima de la oligarquía tradicional y promover la industrialización.

El populismo histórico se habría extinguido tras la conformación de una nueva clase dominante integrada por las transnacionales y la subsecuente configuración de una “burguesía imperial” que arrasa con la burguesía nacional. En México, por ejemplo, los TLCs firmados con Estados Unidos y Canadá durante el gobierno de Salinas de Gortari, asimismo las políticas del PAN acabaron con la burguesía nacional que emergió en la Revolución Mexicana y que duró hasta el Estado priísta. De este modo, “el populismo pasó a ocupar un lugar en el museo político de las sociedades latinoamericana” y no es posible vincularlo con los gobiernos neoliberales de la década de los 80s y 90s, contrarios al Estado keynesiano, tampoco con los gobiernos de



izquierda de principios de siglo XXI encabezados por los presidentes Chávez, Correa y Morales, mucho menos con las experiencias del futuro (2012, 140).

En la actualidad, el positivista sartoriano Kurt Weyland logra captar la riqueza connotativa del populismo clásico al enumerar y reunir sus *características definidoras* una vez revisados los aportes teóricos más importantes del momento, a saber: transición de una sociedad tradicional a la moderna, proceso ubicado históricamente en la etapa de industrialización por sustitución de importaciones –ISI– (Cardoso y Faletto, O’ Donnell, Malloy); desarrollo de políticas expansionistas y desarrollistas que buscaban ampliar los beneficios sociales (Cardoso y Faletto, Drake); surgimiento de la sociedad de masas tras la caída del régimen oligárquico (Jaguaribe, Collier y Collier); base social heterogénea equivalente a una masa amorfa (Di Tella, Germani); movimiento urbano multclasista (Conniff, Drake, Collier) y; líder personalista y carismático que gana y ejerce el poder mediante el contacto directo de una masa de seguidores desorganizados (Conniff, Drake, Weffort, Di Tella) (Weyland 2004, 19).

Una de las primeras críticas a las definiciones del populismo clásico se dio en los años 70s en el contexto de la desacreditación de las teorías de la modernización y la dependencia que provocó una revisión de las nociones centrales de las ciencias sociales. Se rechazó el estructuralismo económico y se reafirmó la autonomía de la política mientras, en el caso concreto del populismo, se puso en tela de juicio la articulación de estrategias políticas populistas y el desarrollo de políticas económicas y sociales. Por otra parte se enfatizó la importancia de la “superestructura” política y cultural, a partir de lo cual emergieron nuevas conceptualizaciones del populismo, destacando el enfoque de Laclau sobre el discurso populista (Weyland 2004, 17, 21). Hoy, a la luz de las diversas experiencias históricas susceptibles de ser evaluadas bajo el lente del populismo, las definiciones clásicas que remiten a una etapa histórica “han sido criticadas porque no permiten dar cuenta de su renacimiento en diferentes coyunturas económicas”, según afirma Carlos de la Torre (2009, 32).

### **3. Neopopulismo**

Siguiendo la lógica sartoriana, el término neopopulismo surge de la extensión del concepto a una nueva generación de líderes entre las décadas de los 80s y 90s (Alan García y Alberto Fujimori en Perú, Carlos Menem en Argentina, Abdalá Bucaram en Ecuador, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Fernando Collor en Brasil, entre otros) que personificaba algunas características del populismo clásico para llegar y

mantenerse en el poder -como diría Weyland-, pero desplegando políticas neoliberales que distaban completamente del populismo clásico nacionalista, estatista y keynesianista, estigmatizado por los teóricos del neoliberalismo bajo el término *populismo económico*. A modo paréntesis, hay que señalar en este punto que intelectuales del neoliberalismo como Jeffrey Sachs y Rudiger Dornbush (años 80s) y Sebastián Edwards (años 90s) elaboraron un marco teórico y revisión histórica en el subcontinente latinoamericano en torno a lo que ellos mismos denominaron *populismo económico*, término que sirvió de escudo para justificar las políticas de estabilizaciones ortodoxas (neoliberales) que generaron un fuerte malestar social, mostrándolas como una respuesta inevitable frente a los efectos “autodestructivos” del primer ciclo de populismo económico. El término refiere la existencia como “regularidad histórica del populismo económico” de “ciclos irregulares y dramáticos” sustentados en políticas macroeconómicas populistas con propósito redistributivos, siendo éstas la aplicación de políticas fiscales y crediticias expansivas y la sobrevaluación de la moneda. A los breves periodos de crecimiento y prosperidad les seguirían “una inflación galopante, crisis y el colapso del sistema económico”, frente a lo cual el único antídoto sería un programa “drásticamente restrictivo y costoso” (Estrada 2008, 418-421).

Weyland describe esta nueva generación dirigentes políticos como una inesperada proliferación de “líderes personalistas que dirigieron el apoyo de masas ampliamente desorganizadas, pero que divergieron claramente de las políticas asociadas al populismo clásico” tras poner en marcha reformas de mercado (2009, 23, 26). Tales liderazgos fueron interpretados bajo una versión renovada del populismo conocida como *neopopulismo*, término que desde la teoría de Sartori podría considerarse un sub-tipo disminuido del populismo, debido a su falta de atributos respecto de las primeras definiciones. En éste se observa una mayor denotación/extensión en tanto amplía el número de casos a los que hace referencia, aunque sin la manifestación integral de características establecidas anteriormente, hecho que habría provocado el *estiramiento conceptual* del que nos habla Sartori. Podría decirse que hasta el día de hoy, dicho estiramiento opera a partir de la identificación de algún aspecto característico del denominado populismo clásico que luego se asume como prueba irrefutable y que conlleva aplicar el concepto intuitivamente, “basta que un dirigente manifieste obrar en favor del pueblo o que simplemente invoque su nombre con cierto énfasis y persistencia para que inmediatamente sea calificado como populista” (Aboy 2004, 88).

En su lectura de Vilas, Heredia señala que “la llegada de los nuevos populismos en la década de los noventa estiró a los clásicos conceptos del populismo, ya que las nuevas realidades no encajaban en la variedad de características ofrecidas anteriormente, en especial porque los nuevos populismos poseían un componente neoliberal” (2013, 70). Asimismo, el prefijo “neo” dejaría por fuera una de las *características definidoras* del populismo clásico que es la implementación del modelo de la sustitución de importaciones (Vilas en Heredia 2013, 70) y que debilita la aplicabilidad del término a nuevos casos enmarcados en la globalización y el neoliberalismo. Para Vilas –citado por Heredia– “no estamos ante un populismo en el caso de Fujimori, porque en la generalidad del concepto nuevo no se incluyó a las ISI: estamos ante un estiramiento conceptual” (Ibíd.), la misma premisa aplicaría para todos los liderazgos neoliberales calificados igualmente como neopopulistas.

En este punto se hace más evidente la necesidad de una *definición declarativa* que exponga el significado específico con el que se usa la palabra neopopulismo y en qué se diferencia éste del significado anterior. El populismo ya no es un modelo de desarrollo ni de reivindicación de los desfavorecidos frente al poder de la oligarquía - como señalaban las definiciones clásicas-, sino un “estilo político” populista sin ninguna relación con un proyecto económico determinado, “de otra manera no podría encontrárselo unido a políticas neoliberales” (Viguera 1993, 62). Definir el populismo (o neopopulismo en este caso) como estilo político implica entonces la anulación de cualquier referencia a un modelo socioeconómico determinado como característica definidora o propiedad connotativa del concepto; como mucho, las políticas económicas y sociales son estudiadas en tanto aspecto secundario, y frecuentemente vistas en un sentido netamente distributivo, equiparadas a la demagogia e improvisación con el fin último de obtener apoyo político (1993, 53).

En la mirada de Alan Knight, el populismo puede presentarse de la mano de políticas económicas “ortodoxas” bajo la metáfora de un “matrimonio entre el neopopulismo y el neoliberalismo” (En Viguera 1993, 63). Así, personajes que no encajarían en la forma del populismo clásico pudieron ser valorados como populistas:

Fujimori, con su lema de campaña: “Un presidente como tú”, invitó a pensar en el carisma y trabajo afectivo que había constituido la piedra de toque de los populistas de antaño. Carlos Menen, como representante del Partido Justicialista, hizo pensar en una continuidad ideológica peronista. Y por supuesto, Abdalá Bucarám, con su personalidad “pueblerina”, su lucha contra la oligarquía

ecuatoriana, y su utilización del lenguaje vulgar de las calles, motivó aún más la idea de que el populismo había retornado (De la Torre en Heredia 2013, 14)

Al considerársele un “estilo político”, son muchos los actores susceptibles de ser etiquetados como populistas, independiente de su parecido a los populismos clásicos redistributivos o a los demagógicos que engañan al pueblo, lo que complica la identificación de referentes, a diferencia del populismo clásico donde la relación significado-referente era mucho más clara. Según Weyland, líderes que difícilmente serían calificados como populistas en ocasiones pueden emular rasgos del estilo populista, especialmente en coyunturas electorales. Los positivistas sartorianos no dudarían en señalar que el populismo, al denotar una forma de hacer política, incluyendo el discurso, se vuelve demasiado amplio y pierde su capacidad de delimitación (2004, 31) frente a otros conceptos como la demagogia.

Ya en la década de los 90s Viguera veía el riesgo de asumir el populismo como un estilo político que los autores ni siquiera terminan de definir, ya que este enfoque aplicado a los análisis políticos o sociológicos hace referencia “a viejas formas de participación [y] puede ocultar significativas transformaciones que vienen operando en América Latina en los últimos tiempos precisamente en cuanto a las modalidades de participación política y la conformación de actores sociales y políticos” (1993, 63). Mientras que para Aboy, lo preocupante de esto es la ausencia de un hilo conductor que justique la coexistencia de casos muy disímiles en un techo común (2004, 89).

Ante estas críticas, uno de los primeros en trabajar su redefinición es precisamente Viguera (1993) quien -para evitar la trampa de explicaciones escencialistas que impone la generalización de hechos heterogéneos- propone convertir el populismo en un “tipo ideal” weberiano. En lugar de definiciones que busquen convertirse en espejos de la realidad empírica lo que busca el autor es abstraer elementos específicos de esta realidad que permitan configurar un modelo teórico y contraponerlo a referentes prácticos para explicar características históricas concretas (1993, 65). De tales elementos se deben excluir los que obstaculizan la aplicación del concepto, como por ejemplo, la supuesta “manipulación” o “irracionalidad” de las masas y la aparente “alianza de clases” cuya comprobabilidad histórica es bastante limitada (Ibíd.).

En la actualidad, uno de los hitos más importantes en la redefinición del populismo es el trabajo de Kurt Weyland (2004) que desplaza las definiciones

ajustadas al “estilo político” por aquellas equivalentes a una “estrategia política” centrada en los métodos e instrumentos para ganar y ejercer el poder. Esta redefinición solo incluye a los líderes que utilizan cierta base de poder en un sentido estratégico de dominación, no aquellos que utilicen dichas bases de manera ocasional (2004, 31), tal como se mostrará en el siguiente punto.

#### **4. Populismo radical**

Esta versión del populismo hace referencia a una nueva generación de líderes de izquierda de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, encabezada por -el fallecido- Hugo Chávez en Venezuela, Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia quienes, para muchos autores, han reanimado las políticas de los populistas clásicos. Tales personajes se han propuesto mitigar y extirpar las desigualdades sociales mediante políticas económicas posneoliberales que incrementan los recursos destinados a la inversión social y retoman la centralidad del Estado en el desarrollo económico (De la Torre 2009, 34). En términos metodológicos sartorianos, el populismo radical es también otro subtipo disminuido que a través del adjetivo “radical” toma parte en algunas características y no en otras, según quien elabore las definiciones. Asimismo, podría considerarse un nuevo hito de *estiramiento conceptual*, fenómeno que si bien se traduce en el incremento de su extensión, sacrifica al mismo tiempo su precisión connotativa. En palabras simples y comunes, cubre más casos pero de manera menos precisa (Sartori 2000, 12; Sartori 1970, 1035).

La lógica racionalista lleva a concluir una mayor la ambigüedad y vaguedad del concepto, en tanto acumula características de las distintas definiciones y redefiniciones elaboradas hasta el momento e incorpora otras, provocando una mayor connotación/intención. A la presencia excesiva de atributos le sigue el desmantelamiento de su capacidad denotativa, ya que incorpora indiscriminadamente y homogeneiza personajes disímiles. Es así que impone falsas equivalencias que neutralizan la capacidad de dicho concepto para establecer diferencias (“*no difference*” categories) (Sartori 2000, 12). Visto lo anterior, las llamadas “imperfecciones conceptuales” se manifestarían en tres sentidos: *límites indefinidos* (número ilimitado de características), *miembros indefinidos* (un conjunto difuso de referentes); *puntos de corte indefinido* (incapacidad de identificar casos fronterizos).

En el pensamiento positivista que contrapone el conocimiento científico a la subjetividad de los sujetos, resulta cuestionable que el populismo radical haga más

visible la carga valorativa o “lugar de enunciación” (intereses, ideología, prejuicios, etc.) de quienes construyen tales definiciones, esto como resultado de inconsistencias metodológicas, principalmente el no seguimiento de una estructura lógica y de procedimientos científicos (Sartori en Coronado 2013, 27-28). En cuanto al uso del vocablo, el populismo no es patrimonio exclusivo de la academia, sino parte del lenguaje corriente de los medios de comunicación, los *think tank* y centros de poder de Occidente (Borón 2012, 131), quienes lo emplean como epíteto peyorativo contra esta nueva generación de líderes posneoliberales, lo cual contribuiría enormemente a la pérdida de rigurosidad científica de la palabra y a su uso cada vez más intuitivo, despojado de criterios demostrativos: en el 2005 del Departamento de Estado activó la alarma sobre el brote de populismos radicales antisistémicos, sentenciados como amenazas para la región, junto a los problemas de narcotráfico e ingobernabilidad de algunos espacios (Espinoza 2006, 127).

Las *definiciones declarativas* se vuelven indispensables para identificar los significados que el día de hoy se le atribuyen al populismo. De la Torre explica que durante los últimos años se han consolidado dos tendencias en la construcción de definiciones sobre el populismo latinoamericano: una como estrategia política (siguiendo los aportes de Weyland) y otra como discurso (desde la visión lauchlaniana o fuera de ella) (De la Torre, com. pers.). Asimismo, el concepto ha sido valorado en los debates académicos y políticos según su relación con la democracia (De la Torre 2009, 24), lo que ha provocado una situación de polarización. A partir de este debate se distinguen dos tipos de populismo: el autoritario y el democrático, adjetivos calificativos mediante los cuales los teóricos han creado otros subtipos disminuidos del concepto populismo.

#### **4.1. Populismo como estrategia política**

Para Weyland “El populismo es mejor definido como una estrategia política a través de la cual los líderes personalistas buscan o ejercitan el poder de gobierno basados en el apoyo directo, no mediado e institucionalizado de un gran número de seguidores que son principalmente desorganizados” (2004, 36). De esta manera, las elecciones, los plebiscitos, las demostraciones de masa y los actuales escrutinios de opinión se convierten en instrumentos fundamentales (2004, 32). El líder carismático se proclama a sí mismo representante de la masa desorganizada que se siente excluida o marginada, bajo la promesa de rescatarla del enemigo que es la oligarquía así como

de las otras amenazas que la asechan. Recurre a esta masa para que se incorpore a la lucha épica por regenerar la nación, combatir a los grupos privilegiados que defienden sus intereses particulares y erradicar la corrupción que carcome al aparato institucional (2004, 36).

Si bien la redefinición de Weyland permite ver las experiencias populistas en diferentes momentos históricos y con diferentes políticas macroeconómicas, alcanzando aparentemente la generalidad que busca el concepto (Aboy 2004, 90), al mismo tiempo reproduce viejos problemas como la sobredimensión del liderazgo carismático, perspectiva que desatiende las acciones de sus seguidores y, por tanto, desconoce sus capacidades organizativas (De la Torre 2003, 56-58; Aboy 2004, 92-94). De la Torre insiste en que es un error dirigir la mirada únicamente a las palabras, acciones y estrategias del líder carismático sin observar también las expectativas autónomas, la cultura y los discursos de los seguidores que son igualmente importantes para entender el fenómeno del populismo, ya que hasta ahora no se ha comprobado que estos últimos acepten pasivamente la agenda del líder (2004, 66). Vinculada a este punto, otra de las grandes debilidades del enfoque de Weyland es que coloca el acento sobre la vieja tesis de desorganización o falta de institucionalización de los seguidores del líder populista. Al respecto, Aboy se pregunta ¿Qué liderazgo surge de la completa desorganización?, para luego asegurar que ninguna experiencia política surge de la nada, por lo tanto, la afirmación de Weyland constituye un “exceso sin encarnación empírica” (2004, 94).

#### **4.2. Populismo como discurso**

Desde otra mirada y siguiendo la tradición de Laclau, Panizza entiende el populismo como “un discurso político que [...] se encuentra disponible para cualquier actor político que opera en el campo discursivo en el que la noción de soberanía popular y su inevitable corolario, el conflicto entre dominados y dominantes son parte central del imaginario” (2008, 81). Líderes como Chávez, Correa y Morales solo pueden considerarse populistas en la medida en que la dicotomización del espacio social pueblo vs enemigo sea el instrumento principal para captar el apoyo político (Ibíd.). El discurso populista se vincula al discurso de las bases al mismo tiempo que al discurso liberal-republicano. Por otra parte, el “cambio” en este discurso significa romper con dislocaciones económicas y políticas o con gobiernos ilegítimos, en el marco de la re-institucionalización del orden social (2008, 85).

Un rasgo común en todos los discursos populistas radicales de Latinoamérica es el marcado rechazo al neoliberalismo, sin embargo, no se trata únicamente de un rechazo económico sino político que busca una ruptura con el orden anterior. Las rupturas populistas de ahora denuncian la corrupción de los partidos tradicionales y su complacencia con las medidas implementadas por el orden neoliberal en cuanto a la reducción del tamaño del Estado y el empobrecimiento de enormes capas de la sociedad. En éstas también ha sido central la denuncia contra la democracia representativa liberal, así como las demandas de una democracia real que, además de los procesos electorales, abra espacios a la participación (Panizza 2008, 86-87). El caso más paradigmático de ruptura populista es el discurso electoral de Morales en Bolivia, en el que construyó un antagonismo en varios niveles, que involucró al pueblo y la élite política tradicional (2008, 88). De igual manera, las Asambleas Constituyentes en Venezuela, Ecuador y Bolivia materializan la promesa fundacional del populismo, legitiman la autoridad política del pueblo bajo la figura del “poder soberano” y se enmarcan en la tradición republicana que hunde sus raíces en las revoluciones de Francia y Estados Unidos (2008, 88-90). Panizza diferencia las relaciones entre el líder populista y el pueblo de otras tradiciones políticas que harían del populismo una forma incompatible con la democracia, tomando en cuenta la centralidad del líder y su relación directa con el ciudadano de calle que lo convierten en representante infalible del soberano (2008, 90).

#### **4.3. Populismo según su relación con la democracia: autoritario o democrático**

Como se señaló anteriormente, el populismo autoritario y el democrático son en el análisis sartoriano *subtipos disminuidos* de populismo, ya que mediante adjetivos calificativos reflejan solo algunas de las características del concepto originario, mientras otras son descartadas. El populismo autoritario tiene sus antecedentes en las definiciones clásicas que ven este fenómeno como amenaza o antítesis de la democracia, más concretamente de la representativa. Para Germani, como explica Carlos de la Torre, “el populismo era una forma de dominación autoritaria que incorporaba a los excluidos de la política” a través de la manipulación (Nueva Sociedad 2013). Progresivamente, la idea de masas disponibles, manipuladas por un líder carismático a través de su discurso demagógico “se ha sedimentado en la *doxa* y [...] hace del populismo un aceite que no puede convivir con el agua-democracia” (Heredia 2013, 19). Un artículo de Koen Abts y Sefan Rummens (2007) equipara el



populismo con la degeneración patológica de la democracia, para los autores aunque el populismo y la democracia reconocen el principio de soberanía popular, solo la democracia acepta que la voluntad del pueblo debe ser mediada y continua, sin someterse a una determinación final. Mientras en el populismo la voluntad del pueblo se basa en la “ficción” de una identidad homogénea, con lo cual se busca suprimir la diversidad y vetar el espacio del poder (en Panizza 2008, 79).

El académico y político Jorge Castañeda, ampliamente citado en el corredor Washington - Nueva York (French 2009, 351) es uno de los principales exponentes de esta corriente. El autor divide a los gobiernos de izquierda y centro-izquierda del siglo XXI en populistas y socialdemócratas, como se observa a continuación:

En la actualidad, hay un giro hacia la izquierda en América Latina, pero no es homogéneo. Aquellos partidos de izquierda que surgen de la antigua tradición comunista, socialista o castrista (con la excepción del propio Castro), han cruzado el Rubicón hacia la economía de mercado, la democracia representativa, el respeto a los derechos humanos y una actitud geopolítica responsable. A este grupo pertenecen el chileno Ricardo Lagos y su sucesora, Michelle Bachelet; el brasileño Luiz Inácio “Lula” da Silva y quizás también el uruguayo Tabaré Vázquez. Pero aquellos cuyas raíces se hunden en la tradición populista latinoamericana, como el venezolano Hugo Chávez, el argenino Néstor Kirchner, el (entonces) potencial presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador y el boliviano Evo Morales, son de una especie distinta. Ellos se encuentran mucho menos convencidos de los imperativos de la globalización y la economía ortodoxa, de los valores intrínsecos de la democracia y el respeto por los derechos humanos, y no hacen nada mejor que quejarse del residente de turno de la Casa Blanca (Castañeda en Panizza 2008, 77-78).

La bibliografía reciente muestra un análisis más exhaustivo de gobiernos como los de Chávez, Morales y Correa, basado en el aspecto liberal de la democracia, es decir, en las garantías a la oposición, el pluralismo y las libertades civiles que estos ofrecen (De la Torre, Nueva Sociedad 2013). A partir de allí establece que los gobiernos populistas son autoritarios porque concretan el poder en manos del Ejecutivo, convierten a sus opositores en enemigos de los procesos de cambio que estos lideran, se mantienen en una pugna constante con los medios de comunicación privados y se miden en elecciones “en condiciones que favorecen a quienes están en el poder sin dar las mismas garantías a la oposición” (Ibíd.). Estos gobiernos serían una especie de “regímenes híbridos”, es decir, una nueva manifestación de autoritarismo que se vale de instrumentos democráticos para configurar una atmósfera no democrática que excluye a sus adversarios políticos.

No obstante, la analogía entre populismo y “regímenes híbridos” es otra contribución al *estiramiento conceptual* del primero porque extiende sus atributos connotativos de manera simultánea hacia los vastos campos teóricos del autoritarismo y la democracia y además, como señala César Montúfar, “qué régimen político no contendría elementos autoritarios y democráticos” (2014, 5).

Steven Levitsky y Jame Loxton, quienes reproducen los aportes de Castañeda en algunos de sus trabajos, conciben el populismo como el principal motor del autoritarismo competitivo en América Latina, tomando como referencia los 14 presidentes electos en Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela entre 1990 y 2010 (2012, 107). De acuerdo a los autores, los gobiernos populistas habrían llevado sus democracias débiles a un autoritarismo competitivo por, al menos, tres razones: la primera es que los líderes populistas son políticos *outsiders* carentes de experiencia en las instituciones democráticas representativas. En segundo lugar, debido a su naturaleza anti-establishment, los líderes populistas al triunfar en las urnas reciben el mandato electoral para enterrar a las elites y a sus instituciones. Y tercero, los presidentes populistas por lo general se enfrentan a las instituciones horizontales de rendición de cuentas que son controladas por los partidos tradicionales. Insisten en que, al carecer de experiencia frente a leyes y tribunales hostiles, y armados con un mandato para deponer a la vieja elite, los populistas cuando son electos toman por asalto las instituciones horizontales de rendición de cuentas, provocando una crisis constitucional (Ibíd.).

Este grupo de definiciones también suele ubicar el populismo en una escala inferior de emocionalidad, pasión y personalismo, en oposición a la racionalidad y objetividad de la democracia liberal (French 2009, 350; Laclau 2007, 34). Por tanto, describen a los gobiernos de Chávez, Correa y Morales como irracionales, peligrosos e irresponsables dado que impulsan políticas económicas fundamentadas en un fuerte gasto social que desafía la lógica del mercado, al mismo tiempo someten a sus países a los riesgos que suponen la demagogia personalista y la agenda política anti-Estados Unidos (De la Torre 2013, 4-5).

Del otro lado, las nociones democratizadoras definen el populismo como una innovación democrática (De la Torre 2013, 4) frente a las carencias y fallas de la democracia liberal en materia de inclusión social y participación (Mouffe en De la Torre 2009, 26). Según esta corriente, los regímenes populistas “expandieron el electorado y basaron su legitimidad en elecciones limpias” (De la Torre, Nueva

Sociedad 2013), asimismo, promovieron la organización sindical, redistribuyeron los ingresos y aumentaron los salarios mínimos, en muchos casos, a partir de cambios estructurales como la reforma agraria. Fueron estos gobiernos los que lograron incluir a los históricamente invisibilizados como los pobres y los no blancos, “representándolos como baluartes de la verdadera nacionalidad” (Ibíd.). Asimismo, en la década de los 70s, Peter Worsley retrataba el populismo como la impugnación a la democracia liberal reducida al ámbito institucional y que al mismo tiempo limita o bloquea los canales a la participación (Heredia 2013, 21). Desde su perspectiva, el populismo se caracteriza por la supremacía de la voluntad del pueblo como expresión de justicia y moralidad y por la búsqueda de una relación directa entre el pueblo y sus líderes, sin mediación institucional (Ibíd.). Más recientemente, en su famosa obra *La Razón Populista*, Laclau coincide con las nociones que ven al populismo como “el elemento democrático en los sistema representativos contemporáneos” (Laclau 2007, 220). Al igual que la democracia, el populismo defiende el principio de soberanía popular, por lo tanto, sus defensores estiman que la distinción entre ambos conceptos carece de pertinencia (Panizza 2008, 77).

Una vez esbozada la polarización académica en torno a la naturaleza autoritaria o democrática del populismo, vale citar a Panizza en su crítica a las posturas maniqueas y su exhorto a interpretaciones más equilibradas. En sus palabras:

Quienes sostienen que, por dar voz a los excluidos y reivindicar la soberanía popular, el populismo es fundamentalmente democrático deberían considerar todos los casos en que los movimientos y regímenes populistas no lo han sido. Por otra parte, quienes sostienen que se trata de una degeneración de la democracia, deberían considerar el genuino soporte popular que gozan los líderes populistas y dejar de apelar a argumentos antidemocráticos sobre la ignorancia del pueblo o la sinrazón de las masas (2008, 80).

Carlos de la Torre se distancia de las perspectivas “críticas y panegiristas” de los gobiernos de Chávez, Correa y Morales para analizar los efectos democratizadores y autoritarios del llamado populismo radical desde una posición fuertemente inspirada por la teoría de Laclau (Com. pers.). El autor comparte las críticas sobre los rasgos aparentemente autoritarios de estos gobiernos y respalda la visión liberal normativa según la cual la organización y la expresión autónoma de la ciudadanía solo es posible si existe una fuerte institucionalidad y la garantía de derechos individuales. No obstante, reconoce al mismo tiempo los rasgos democratizadores e incluyentes de

dichos gobiernos, entendiendo que la democratización “no solo garantiza los derechos de la oposición para que compita en condiciones de igualdad, pueda criticar al gobierno y ofrezca puntos de vista alternativos; también promueve la participación y la inclusión” como señala el mismo De la Torre en su revisión de Robert Dahl (Nueva Sociedad 2013).

Según las investigaciones del autor, si se evalúa esta terna gubernamental desde los parámetros de respeto a los procesos electorales, la misma refleja un perfil democrático bastante alto, dado que su legitimidad se sostiene en el triunfo en elecciones transparentes, abaladas por organismos internacionales. No obstante, a diferencia de los populismos clásicos, funciona bajo la lógica de campañas permanentes, otorgando un papel central a la manipulación mediática y al uso exacerbado de sondeos de opinión para aumentar su popularidad (2009, 30-31). En términos de justicia social, los populistas radicales han logrado disminuir las desigualdades sociales a partir de políticas incluyentes que pusieron punto final a la era del neoliberalismo excluyente. Citando a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Carlos de la Torre destaca que la pobreza en Venezuela se redujo de 48,6 por ciento en el 2002 a 29,5 en 2011, en Bolivia descendió de 62,4% en 2002 a 42,4% en 2010 y, en Ecuador de 49% en 2002 a 32,4% en 2011 (Ibíd.).

Una de las diferencias más notorias entre estos tres gobiernos radica en la forma en la que promueven la participación popular. En Venezuela y Ecuador, el principal promotor de iniciativas políticas es el gobierno, quien interactúa con sus conciudadanos desde una relación vertical, mientras en Bolivia los movimientos sociales manejan una agenda de acción mucho más autónoma que limita los poderes del gobierno. En Venezuela y Bolivia se han diseñado y ejecutado mecanismos institucionales para impulsar la participación, principalmente desde los espacios locales, a diferencia de Ecuador donde la participación se limita al voto (De la Torre, Nueva Sociedad 2013). Resalta el papel de Hugo Chávez en la promoción de una democracia participativa y protagónica basada en el “ejercicio real y cotidiano del poder por las grandes mayorías populares” (Ibíd.). Ésta tomó cuerpo en un sin número de organizaciones comunitarias de las que destacan los Círculos Bolivarianos y los Consejos Comunales, siendo estos últimos un órgano articulador de todos los espacios de participación popular ensayados durante la llamada Revolución Bolivariana comandada por el entonces presidente. Pese a haber incrementado la participación, los Consejos Comunales, al igual que los Círculos Bolivarianos constituyen experiencias

promovidas desde arriba y que, según explica Carlos de la Torre, han sido utilizadas en muchas ocasiones con fines clientelistas para ganar apoyo popular y, cuya autonomía se habría visto mermada por el liderazgo carismático y personalista de Chávez (2009, 27-28).

Desde una visión más cercana al post-estructuralismo de Laclau, autores como Edgardo Lander, consideran que lo más importante durante el gobierno de izquierda populista de Chávez no ha sido la creación de nuevos mecanismos de participación sino los cambios en la cultura política donde los pobres, históricamente excluidos, se convierten en sujetos de acción política organizada (s.f., 19). Tal como señala:

Esta presencia activa de las *clases peligrosas* en el escenario político, crecientemente informadas, movilizadas y organizadas, y su poca disposición a regresar a su pasividad anterior, explica en una importante medida el rechazo al chavismo por parte de quienes ven en esta presencia de los *otros* –caracterizados racistamente como las *turbas* y las *hordas chavistas*- una amenaza para sus privilegios y por parte de quienes consideran que las profundas divisiones actuales de la sociedad venezolana son el producto del discurso de Chávez (Ibíd.).

Mostrando su tendencia igualmente laclauiana y tras revisar experiencias como las de Venezuela, Ecuador y Bolivia, De la Torre considera que el populismo radical equipara la democracia con la ocupación de espacios públicos por parte de los sectores más pobres y vulnerables, más que con el respeto a las reglas e institucionalidad de la democracia liberal (De la Torre 2009, 25). De hecho, el populismo radical destruye y pasa por alto las normas e instituciones existentes, ya que las mismas son interpretadas como un impedimento para materializar la voluntad popular encarnada en el líder (2009, 31). Sin embargo, gracias a esta visión clásica de la democracia materializada en mítines, marchas e insurrecciones (principal legado del populismo) es que se produjo la transformación de los individuos en la “autoconstitución del soberano que arrebató el poder a las élites antinacionales, democratizando el acceso a los símbolos y a las instituciones del poder” (2009, 30).

El autor analiza el populismo como “un discurso que produce una profunda polarización política en dos campos que se enfrentan de manera antagónica y maniquea: el pueblo contra la oligarquía” (De la Torre 2009, 24). El pueblo es la personificación sublime de valores y virtudes de la nación, mientras la oligarquía es el “antipueblo”, lógica que transforma la política en un hecho moral y, en algunas ocasiones, mítico o religioso (De la Torre, Nueva Sociedad 2013). El populismo

radical se parecería al neopopulismo en su crítica a los partidos tradicionales o la llamada “partidocracia” (término acuñado por Rafael Correa). No obstante, se distingue del mismo en sus políticas redistributivas y nacionalistas, contrarias al neoliberalismo, aspecto que los acerca mucho más a los populismos clásicos (De la Torre, Nueva Sociedad 2013). A diferencia del populismo clásico y el neopopulismo, en el populismo radical se reconoce al pueblo no únicamente como la construcción discursiva de los líderes, sino como una construcción de los propios movimientos sociales, por tanto los plebiscitos no son procesos unidireccionales y los liderazgos populistas son el resultado de una construcción colectiva que solo se da si se cumplen las demandas colectivas en las que se sostiene la legitimidad del líder (De la Torre 2009, 32).

De la Torre califica como populistas a Chávez, Correa y Morales por tres razones básicamente: 1. Sus retóricas dividen a la sociedad en dos campos antagónicos; 2. Prometen el ejercicio de una democracia directa como alternativa a la democracia liberal representativa y; 3. Fundamentan su legitimidad en elecciones permanentes, a partir de las cuales buscan construir una nueva hegemonía y promover cambios estructurales (Ibíd.). A tono con Canovan y Mouffe, el autor observa en los gobiernos de Chávez, Correa y Morales la intención de superar los límites, fallas y promesas incumplidas de la democracia liberal, a través de convocatorias a asambleas constituyentes, la promulgación de nuevas constituciones que amplían los derechos y establecen modelos de democracias participativas, en el caso de Chávez a través del proyecto del *socialismo del siglo XXI* y; en el caso de Morales, mediante la democracia comunitaria de los *ayllus* aymaras y quechuas, que coexiste con la democracia liberal (De la Torre 2009, 27-28).

Finalmente, según De la Torre, el populismo se ha manifestado históricamente como una forma de incorporación política de rasgos democratizantes y autoritarios que, en efecto, puede derivar en regímenes que nieguen la diversidad. Empero, la valoración de sus ambivalencias dependerán del lugar de enunciación de quienes las miran. Los aportes post-estructuralistas del autor permiten ver datos como el siguiente que desde el positivismo son ignorados: generalmente, la redención democrática del populismo viene desde países con instituciones sólidas, así como de académicos que valoran el populismo radical latinoamericano en tanto alternativa al neoliberalismo y a la democracia liberal. Mientras, los países institucionalmente débiles con

probabilidades de rasgos autoritarios tienden a identificar el populismo con un peligro para el sistema democrático (2009, 36).

## 5. Estiramiento conceptual del populismo desde el análisis de la relación connotación/intención-denotación/extensión

Una vez examinadas algunas de las definiciones más importantes del populismo y, teniendo como marco referencial las “Guías para el análisis de concepto” de Sartori (2009), a continuación realizaremos un ejercicio de evaluación del *estiramiento conceptual*. Para ello se seleccionarán las características definidoras del populismo –de Laclau, clásico, neopopulismo y radical-, se organizarán éstas a partir de un tratamiento jerárquico (escalera de abstracción), desde el nivel alto en dirección descendente hasta el nivel medio. Organizadas las definiciones, se valorará la relación entre las variables connotación/intención y denotación/extensión. Antes de ello es importante aclarar que el siguiente ejercicio no pretende ser exhaustivo, sino útil en términos demostrativos.

### Ilustración 2. Relación entre variables connotación/intención y denotación/extensión en el concepto populismo

Nivel de abstr.	Término	Características (Autores)	Connotación/Denotación	Estiram. Concept.
Alto	Populismo de Laclau	Discurso ideológico basado en el antagonismo amigo-enemigo (Laclau)	<p><u>Connotación:</u> se reducen excesivamente las características necesarias al antagonismo nosotros-ellos, desdibujando las fronteras entre el populismo y el concepto mismo de lo político.</p> <p><u>Denotación:</u> como consecuencia de las debilidades connotativas, desarma el concepto de sus capacidades denotativas, es decir, de sus capacidades para capturar el referente en tanto cualquier fenómeno en el que exista la construcción de fronteras internas - nosotros- y la identificación</p>	Sí

			de un “otro” institucionalizado, independientemente de sus contenidos ideológicos o sociales entra dentro del concepto de populismo. Esto homogeneiza sujetos y hechos disímiles creando falsas equivalencias entre los mismos.	
Medio	Populismo clásico	Fase de desarrollo histórico que implicó el tránsito de lo tradicional a lo moderno (Germani, Di Tella); políticas expansionistas y desarrollistas que buscaban ampliar los beneficios sociales (Cardoso y Faletto, Drake); movimiento multclasista (Conniff, Drake, Collier) equivalente a una masa amorfa (Di Tella, Germani); liderazgo carismático, personalista, autoritario y manipulador (Germani); expansión del electorado y elecciones limpias (Germani).	<p><u>Connotación:</u> ofrece un “paquete” de características simultáneas tanto socioeconómicas como políticas. No obstante, tales características han sido asignadas desde diferentes dominios, lo cual aumenta el número de conflictos límite.</p> <p><u>Denotación:</u> la simultaneidad de características definidoras establece altos parámetros para una inclusión de un objeto como referente. Se identifican los objetos más representativos para el análisis de un número limitado de casos. Las características asignadas se correspondían en buena medida con los casos a los que hacía referencia.</p>	Sí
Medio	Neo-populismo	<u>Estilo político</u> (carismático, personalista o demagógico) (en Viguera) o cualquier característica del populismo clásico, exceptuando la vinculación con un modelo económico específico.	<p><u>Connotación:</u> se flexibiliza el criterio de simultaneidad de atributos connotativos, por tanto, cualquier caso que presente por lo menos una de las características definidoras del populismo clásico es incluido en el concepto (principalmente el estilo político personalista o apelación al pueblo). El término tiende a ser aplicado intuitivamente, es decir, a través de un “acto instantáneo” y “arbitrario” no ajustado a los criterios de prueba que requiere el discurso demostrativo.</p> <p><u>Denotación:</u> amplía el número de casos a los que hace referencia, aunque sin la</p>	Sí



			manifestación integral de características.	
Medio	Populismo radical	<p><u>Estrategia política</u> para ganar y ejercer el poder (apoyo directo, no mediado e institucionalizado; centralidad de elecciones, plebiscitos, encuestas y actos de masas; liderazgo carismático y personalista que manipula a unas masas desorganizadas; promesa de inclusión; recreación de lucha épica de rescate a la nación, contra los grupos privilegiados y la corrupción). (Weyland)</p> <p><u>Discurso</u> que produce una profunda polarización política en dos campos que se enfrentan de manera antagónica y maniquea: el pueblo contra la oligarquía (De la Torre).</p> <p><u>Antesala a un autoritarismo competitivo</u> (líderes outsider carentes de experiencia; con mandato electoral de enterrar a las élites y enfrentado a las instituciones horizontales de rendición de cuentas) (Levitsky y Loxton) o <u>Régimen autoritario</u> “híbrido” que usa instrumentos democráticos para crear un entorno no democrático que excluye adversarios (en De la Torre); emocionalidad, pasión y personalismo que se opone a la racionalidad y objetividad de la democracia liberal (en French y Laclau); políticas económicas riesgosas; demagogia; desafío irresponsable a EE.UU. (en De la Torre)</p> <p><u>Régimen democrático o innovación democrática</u> (nuevas constituciones que incrementan los derechos ciudadanos y establecen democracias directas que corrigen los defectos de la democracia liberal (Mouffe; De la Torre); retórica populista sobre empoderamiento del pueblo; implementación de programas dirigidos a los</p>	<p><u>Connotación:</u> acumula características de las distintas definiciones y redefiniciones elaboradas hasta el día de hoy, provenientes de diversas corrientes de pensamiento, e incorpora otras, que en algunos casos llegan a ser antagónicas.</p> <p><u>Denotación:</u> Como resultado de la presencia exhesiva de atributos connotativos, la capacidad denotativa del concepto es prácticamente nula. La vaguedad se manifiesta en tres sentidos: límites indefinidos (número ilimitado de características), miembros indefinidos (un conjunto difuso de referentes); puntos de corte indefinidos (incapacidad de identificar casos fronterizos).</p>	Sí

		pobres; gobiernos posneoliberales, nacionalistas; mayor presencia del Estado en la economía; el pueblo no es solo una construcción discursiva, sino una construcción de los propios movimientos sociales (De la Torre)		
--	--	--	--	--

Tras la sistematización de algunas contribuciones académicas bajo los parámetros del racionalismo sartoriano, es posible afirmar la presencia de lo que el autor denominaría tres “defectos” que conspiran contra la utilidad del vocablo populismo dentro de las ciencias sociales. Según la clasificación de Sartori, son estos: 1. defectos de intención, 2. de extensión y 3. del término. En general, los defectos de intención se manifiestan a través de un largo catálogo de características desorganizadas, provenientes de distintas corrientes teóricas, lo cual provocaría conflictos de límite y, en consecuencia, un estiramiento conceptual, ya que el concepto se encontraría diseminado en distintos campos del conocimiento. Recordemos que para Sartori, definir un concepto es asignarle características definidoras, sin embargo, “estas características deben reducirse al mínimo necesario” (2000, 69), es decir, el cientista social debe intentar ser parsimonioso y quedarse con *definiciones mínimas*. Por el contrario, la incorporación de características del populismo pareciera seguir una tendencia acumulativa, sin aparente orden lógico ni criterios metodológicos, salvo en casos como el de Weyland, quien intenta superar el comportamiento intuitivo y proporcionar la “rigurosidad científica” que demanda el método positivista, aunque ello no diga nada sobre las dificultades de comprobabilidad en algunas de sus aseveraciones.

La mayoría de las veces es muy difícil distinguir las características definidoras, es decir, aquellas sin las cuales la palabra populismo no tiene aplicabilidad, ya que cada autor acentúa atributos divergentes como principales características. ¿Es el populismo un movimiento, un discurso, una estrategia, un modelo de desarrollo o una etapa irrepetible de la historia?, ¿es éste autoritario, democrático o una especie de “híbrido”?, ¿es demagógico o verdaderamente redistributivo?, son preguntas que conllevan a la polarización de la comunidad académica, lo cual en la actualidad es bastante evidente entre quienes denuncian el autoritarismo de los gobiernos de Chávez,

Morales y Correa y quienes defienden su carácter democratizante y reivindicativo. Siguiendo a autores como Vilas y Borón, una de las causas centrales de esta dificultad podría ser el distanciamiento del populismo de sus condiciones estructurales como la implementación de un modelo de desarrollo específico basado políticas distributivas y nacionalistas.

En relación estrecha con la incorporación desordenada de características, el populismo se presenta como un concepto vago, es decir, con defectos de extensión o denotatividad. Este hecho se expresa en tres sentidos: primero, baja capacidad para identificar sus referentes respecto de sus límites, es decir, distinguir qué objetos de estudio quedan dentro y cuáles estarían excluidos. Segundo -y como consecuencia del primero-, un conjunto de miembros indefinidos, diferentes entre sí, incluso antagónicos. Esta es una de las muestras más paradigmáticas de la incapacidad discriminatoria del concepto. Finalmente, es fácil suponer que si el populismo es un concepto de límites y miembros indefinidos, su capacidad de identificar los casos fronterizos es nula.

A pesar de ello, se podría decir que el populismo alcanzó óptimos niveles de denotatividad en el escenario de la *primera ola populista*, momento en el que predominaron las definiciones acumulativas que, bajo el criterio de simultaneidad, impusieron altos parámetros para la inclusión de determinados actores políticos como referentes, lo cual permitió identificar casos paradigmáticos para un análisis más delimitado. Además, muchas de las características definidoras se correspondían en buena medida con los casos a los que hacía referencia, por tanto el populismo del momento representaba un concepto de bases empíricas fácilmente comprobable, tal como se lee en el estudio histórico-conceptual de Weyland (2004, 17).

La ambigüedad es vista como otro “defecto” dentro del pensamiento positivista sartoriano. Lejos de la interpretación y uso inequívocos del vocablo, cada autor lo emplea con un significado diferente: discurso, modelo de desarrollo, movimiento, estilo de vinculación de líderes y las masas, estrategia, entre otros. Cabe mencionar que esto tiene que ver con la tendencia de cada autor a destacar características definidoras divergentes, como se explicó anteriormente. La ambigüedad del concepto populismo tiene dos implicaciones según el racionalismo instrumental: 1. degrada el vocablo, ya que deja de ser un término académico (preciso, inequívoco y comprobable en la práctica) para formar parte del lenguaje corriente donde las palabras son polivalentes y no necesitan de comprobación, situación que ha sido caldo de cultivo

para la cooptación del término por parte del discurso periodístico y los centros de poder como insulto contra gobiernos incómodos y; 2. hacen imposible la creación de una teoría sobre el populismo, concepto central dentro de las ciencias sociales.

## **6. La importancia de la comprobabilidad en el método positivista**

Según Sartori, el elemento caracterizador de todo conocimiento científico es su *comprobabilidad* (2000, 81). En otras palabras, el método positivista establece que en las ciencias sociales un enunciado es verdadero cuando supera el *control empírico* y es falso cuando no logra superar este control. El mismo no solo debería estar presente en el *contexto de la investigación* sino en el *contexto de la aplicación* (Ibíd.). Ahora bien, si una teoría debe confirmarse en los hechos, transformarse en práctica, cabe preguntarse ¿cómo pueden someterse a comprobación conceptos de límites indefinidos, con poca capacidad discriminatoria, como el caso que nos convoca en la presente investigación?

El populismo como apelación a lo nacional y lo popular pareciera enfrentar grandes debilidades discriminatorias frente al comportamiento histórico-sociológico de la región donde, a diferencia de los países centrales de Occidente, “el Estado, la nación, sistema político y actores sociales no constituyen esferas totalmente separadas”, como explica Alain Touraine (en Viguera 1993, 56-57). Es decir que lo nacional-popular ha sido la forma predominante y característica de la intervención del Estado en la sociedad latinoamericana. Siendo este elemento una constante en la historia de la región cómo puede ser al mismo tiempo una característica exclusiva del populismo en tanto fenómeno aislado. Se desdibuja aquí la capacidad para distinguir a quiénes aplica el concepto del populismo y a quiénes no (mayor *estiramiento conceptual*). En uno de sus trabajos, Carlos de la Torre aclara que la apelación al “pueblo” tampoco es una especificidad de los líderes populistas, ya que en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador, México, Perú y Brasil, tanto los políticos como los movimientos sociales y la gente común apela al significante “pueblo” para legitimar sus demandas (2003, 60).

El método racionalista de Sartori se queda corto al momento de entender lo que este mismo califica como “problema de comprobabilidad” del populismo, ya que no permite mirar factores subjetivos como sí lo hacen enfoques post-estructuralistas como el de Laclau. A través de este último es posible validar las reflexiones de algunos autores que reconocen al populismo como parte de la “cultura política” de

determinados países latinoamericanos (De la Torre 2004, 60; López Maya 2013, 241). La autora venezolana Nelly Arenas explica que en su país la relación Estado-sociedad es “necesariamente populista” como consecuencia de la imposición de la idea del petróleo en su dimensión rentista, caracterizada por la acción de distribuir más que de producir. En relación al discurso populista, la autora rescata la visión lauchlauniana al explicar que:

(...) a lo largo de su existencia el lenguaje político democrático venezolano ha respondido a este código general del populismo, pero reforzado particularmente por nuestra condición petrolera rentista. Esa fue la experiencia del Trienio, en la que el discurso político delimitó claramente un “nosotros”, vale decir el pueblo oprimido y despojado de su precioso mineral representado en su partido Acción Democrática, y su opuesto, un “ellos”, integrados por los herederos de la oligarquía gomecista y los consorcios petroleros extranjeros (Arenas 2012, 139)

Cuando habla del *Trienio*, la autora hace referencia al llamado “Trienio adeco” (1945-1948), un periodo histórico de conquista de la democracia en Venezuela que representa el fin del autoritarismo de Juan Vicente Gómez (1908-1935) y la emergencia del partido Acción Democrática como primera fuerza del país, encabezada por Rómulo Betancourt. Sus objetivos centrales eran la libertad democrática y el anti-imperialismo. Otra característica que subrayan algunos estudiosos del populismo es el clientelismo, el cual en el Ecuador no es un “patrimonio exclusivo” de los partidos populistas, sino “una característica común en la forma en la que los partidos políticos trabajan con los sectores populares ecuatorianos” (De la Torre 2004, 57). Estos han organizado redes en barrios populares que “distribuyen recursos, información, trabajos y también generan identidades populares basadas en la distinción entre los ricos y los pobres” (Ibíd.), a través de “discursos de lucha antagónica del pueblo contra la oligarquía”.

Vistos estos ejemplos, por qué pensar el populismo como un hecho extraordinario y otorgarle el tratamiento diferenciado si ha estado presente en toda la historia democrática de estos países. Al consultar el diccionario jurídico de la Universidad Nacional Autónoma de México en la búsqueda de una *definición declarativa de cultura política* se encuentra que ésta es “el sistema político internalizado en creencias, concepciones, sentimientos y evaluaciones por una población, o por la mayoría de ella” en una determinada nación (UNAM s.f.), es decir, la subjetividad colectiva respecto del poder. Si el populismo hace parte de la

subjetividad colectiva en algunos países de la región, entonces su capacidad de aprehender fenómenos concretos de la realidad material se diluye, pierde sustancia y con ello la posibilidad de ser sometido a controles de comprobabilidad.

## Conclusiones

Analizar el populismo desde el racionalismo positivista sartoriano tiene una serie de implicaciones metodológicas, algunas expuestas a lo largo de esta investigación. Quizás la más importante es asumir la “ambigüedad” y “vaguedad” del concepto como debilidades, a diferencia de enfoques post-estructuralistas como el de Laclau donde tales aspectos son más bien fortalezas si se les desprende de prejuicios como su supuesta contradicción y subordinación frente a una lógica política racional. Esta postura es, según Laclau, una de las principales limitaciones ontológicas dentro de la teoría política para comprender fenómenos tan complejos como el populismo.

Pese a ello, al considerar problemáticas la “ambigüedad” y “vaguedad” del populismo, el racionalismo de Sartori abre camino a la exploración técnica de los usos muchas veces arbitrarios e intuitivos del vocablo. Además, este método permite ver cómo una determinada palabra predispone el pensamiento para un cierto tipo de explicación, entendiendo que la denominación de las cosas incluye un *modo de ver* y un *modo de explicar*. ¿En qué pensamos cuando utilizamos la palabra populismo para explicar nuestras realidades en América Latina? y ¿hacia qué aspectos de dichas realidades nos remite dicha palabra? son solo algunas de las preguntas que a grosso modo he intentado responder en este trabajo y que solo nos conduce a nuevas interrogantes.

El pensamiento racionalista de Sartori lleva a concluir que el populismo ha sido objeto de un estiramiento conceptual, como la mayoría de los conceptos dentro de la ciencia política, debido al esfuerzo de los académicos por convertirlo en una categoría general, extendida a nuevos casos como los liderazgos neoliberales de los años 80s y 90s, así como los gobiernos posneoliberales de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Esto en principio no constituye un problema dentro del racionalismo técnico de seguirse los procedimientos del método lógico, como la Ley de variación inversa que establece una reducción del número total de características en caso de aumentar los referentes de un concepto, lo que no ha ocurrido en el caso que nos ocupa.

Dicho estiramiento haría del populismo un concepto vago y ambiguo, hecho que el método positivista considera contraproducente para el “conocimiento científico” donde *la precisión del lenguaje es esencial*, ya que utilizar una palabra en vez de otra tiene importancia y el uso “inapropiado” de cierto término significa equivocar el concepto. La ambigüedad del populismo parece producirse desde el

mismo momento de su traslado a las ciencias sociales a partir de las contribuciones de diversas corrientes de pensamiento como un conjunto misceláneo de características, de las cuales cada corriente destacó la que consideraba definidora: transición de una sociedad tradicional a una moderna (para los teóricos de la modernidad); crisis del modelo agroexportador y del Estado oligárquico (para los dependentistas); momento de constitución de clases sociales (para los marxista); discurso de relación antagónica (según el posestructuralismo de Laclau); entre otros. Sin embargo es en este momento histórico (entre los 60s y 80s) que el concepto de populismo alcanza una mayor capacidad denotativa debido a la prevalencia de definiciones acumulativas que exigían la simultaneidad de un conjunto específico de características socioeconómicas y políticas, lo que establecía altos parámetros para la inclusión de casos. De la misma manera, el término exhibe una alta correspondencia empírica, puesto que los casos incluidos mostraban en buena medida el conjunto de características definidoras.

En el pensamiento técnico instrumental, utilizar el concepto populismo para describir los nuevos liderazgos de América Latina supondría una serie de dificultades como:

1. Distinguir entre una amplia lista de características desorganizadas aquellas que son realmente definidoras y descartar las características triviales, intentando ser parsimonioso y buscar definiciones mínimas.
2. Identificar los verdaderos referentes del concepto respecto de sus límites, es decir, decidir qué casos quedan dentro y cuáles se descartan entre un conjunto indefinidos de miembros –muchas veces- contradictorios entre sí y homologados únicamente bajo el calificativo “populistas”.
3. Al usar el término, el cientista político no necesariamente entiende ni refiere lo mismo que sus colegas, ya que éste se emplea con significados diferentes en la medida que cada autor destaca características divergentes. Por tanto, deberá recurrir permanentemente a definiciones declarativas.
4. Comprobar que se trata de un concepto de manifestaciones empíricas y, de esta manera, “rescatarlo del lenguaje corriente” donde las palabras se usan sin el criterio de comprobabilidad que exige el conocimiento empírico. Se debe tomar en cuenta que ciertas características definidoras son para algunos autores una constante en la historia democrática de ciertos países de América Latina.

Por ello, en la lógica sartoriana la utilidad del concepto populismo para decribir los nuevos liderazgos de la región -y en general su utilidad en las ciencias sociales-,



dependerá de la posibilidad de reconstruir dicho concepto según los parámetros del método lógico, alcanzando cierto nivel de consenso dentro de la comunidad académica. De acuerdo a Sartori, reconstruir implica: 1. Revisar la historia y recoger un número representativo de definiciones, 2. Extraer de las mismas sus principales características y 3. crear una matriz que organice tales características, estableciendo claramente las que son definidoras. El trabajo de reconceptualización de Weyland constituye un importante aporte en términos de revisión histórica y sistematización de características, sin embargo, habría que revisar los elementos que ponen en duda su comprobabilidad empírica como la supuesta desorganización de los seguidores del líder populista.

La escalera de abstracción y su Ley de variación inversa resultarían imprescindibles en este proceso de reconstrucción. Si se busca hacer del populismo un concepto más general, con capacidad de adaptación a nuevos contextos, se debe provocar su ascenso por la escalera de abstracción, esto se logra aumentando su extensión o número de casos, pero reduciendo al mismo tiempo su intensión, es decir, el total de características. Si lo que se quiere es un concepto más específico, el procedimiento debe ser el contrario, es decir, bajar su nivel de abstracción aumentando el número de características o intención y, de igual manera, limitando su extensión a través de un número restringido de casos. Tales herramientas son, según el racionalismo positivista, en un mecanismo efectivo para “corregir” el estiramiento conceptual del populismo, visto como un problema dentro de esta corriente de pensamiento.

## Trabajos citados

- Aboy Carlés, Gerardo. 2004. «Repensando el populismo». En Carlos de la Torre, Hernán Ibarra, Gerardo Aboy y Kurt Weyland, *Releer los populismos*, 81-121. Quito: Centro Andino de Acción Popular-CAAP.
- Adamovsky, Ezequiel. 2015. «De qué hablamos cuando hablamos de populismo». *Revista Anfibia*.
- Arenas, Nelly y Gómez Calcaño, Luis. 2006. «El régimen populista en Venezuela: ¿avance o peligro para la democracia?». *Centro de Estudios del Desarrollo: Universidad Central de Venezuela*: 5-45.
- Arenas, Nelly. 2012. «La Venezuela rentista: imaginario político y populismo». *Cuadernos del Cendes*, AÑO 29. N° 80, tercera época (mayo-agosto): 137-145.
- Borón, Atilio. 2012. «¿Una nueva era populista en América Latina? .» En Eduardo Pastrana, Guillermo Hoyos, Martha Restrepo, edit., *El eterno retorno del populismo*, 131-158. Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cadahía, Luciana. (Conversatorio: Populismo y hegemonía siglo XXI, CIESPAL, Quito, 15 de julio de 2015)
- Cancino, Hugo. s.f. «La reemergencia del discurso nacional-popular en la nueva izquierda latinoamericana. Para una discusión de los movimientos nacional-populares». *Flacso*. Consulta: 08 de octubre de 2015. [http://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1265302563.nacional\\_popular\\_0.pdf](http://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1265302563.nacional_popular_0.pdf).
- Collier, David y Mahon, James. 1993. «Conceptual 'Stretching' Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis». *The American Political Science Review*, Vol. 87, No. 4: 845-855.
- Coronado, Noemi. 2013. «Sartori-Malformación de los conceptos en política comparada.» *Scribd*. Consulta: 06 de agosto de 2015. <https://es.scribd.com/doc/151998576/Sartori-Malformacion-de-los-conceptos-en-politica-comparada>.
- Corte, Malena. 2015. «Revisitando el concepto de populismo». *VII Jornadas de Sociología, Universidad Nacional de General Sarmiento*. Consulta: 06 de octubre de 2015. <https://www.google.com.ec/search?q=revisitando+el+concepto+de+populism>

o+malena+corte&oq=revisitando+el+concepto+de+populismo+malena+corte  
&aqs=chrome..69i57.11760j0j7&sourceid=chrome&es\_sm=93&ie=UTF-8.

- De la Torre, Carlos. 1994. «Los significados ambiguos del populismo». *Facultad de Humanidades y Ciencias-Universidad Nacional del Litoral*. Consulta: 18 de julio de 2015.  
[http://www.fhuc.unl.edu.ar/olimphistoria/manuales/docentes/segundo\\_modulo/texto3.pdf](http://www.fhuc.unl.edu.ar/olimphistoria/manuales/docentes/segundo_modulo/texto3.pdf).
- . 2003. «Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo». *Revista de Ciencia Política*, Volúmen XVIII, N° 1: 55-66. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- . 2004. «Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo». En Gerardo Aboy, Hernán Ibarra, Kurt Weyland y Carlos de la Torre, *Releer los populismos*: 53-78. Quito: Centro Andino de Acción Popular-CAAP.
- . 2008. «Populismo, ciudadanía y Estado de derecho.» En Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, edit., *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*: 23-53. 1ª ed. Quito: FLACSO, Ministerio de Cultura del Ecuador.
- . 2009. «Populismo radical y democracia en los andes». *Journal of Democracy en Español*. 1: 24-37.
- . 2013. «Introduction: The Evolution of Latin American Populism and the Debates Over Its Meaning». En Carlos de la Torre y Cynthia J. Arnson, edit., *Latin American Populism in the Twenty-First Century*: 1-35. Washington, D.C.: Woodrow Wilson.
- . 2013. «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo». *Nueva Sociedad* (Septiembre-Octubre). Consulta: 06 de octubre de 2015.  
<http://nuso.org/articulo/el-populismo-latinoamericano-entre-la-democratizacion-y-el-autoritarismo/?page=1>.
- . 2015. (Entrevista a Carlos de la Torre el 24 de julio de 2015, FLACSO, Sede Ecuador).
- Dussel, Enrique. 2012. «Cinco tesis sobre el populismo». En Eduardo Pastrana, Guillermo Hoyos, Martha Restrepo, edit., *El eterno retorno del populismo*, 159-179. Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Espinoza, Carlos. 2006. «Izquierda populista, nacionalismo de recursos naturales y la geopolítica en los Andes», 126-144. Quito: *Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional*.
- Estrada, Jairo. 2008. «Populismo económico en América Latina. ¿Práctica histórica o construcción ideológica?» *Anuario colombiano de historia social y de la cultura-Universidad Nacional de Colombia*, n° 35: 413-446. Consulta: 06 de octubre de 2015. file:///C:/Users/REBECA/Downloads/18303-59301-1-PB.pdf.
- FLACSO. s.f. «Populismo y teoría de la modernización». *FLACSO*. Consulta: 01 de septiembre de 2015. <http://www.flacsoandes.edu.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=12830>.
- French, John. 2009. «Understanding the Politics of Latin America's Plural Lefts (Chávez/Lula): social democracy, populism and convergence on the path to a post-neoliberal world.» *Routledge, Third World Quarterly*, Vol. 30, No. 2: 349-370.
- Heredía, Elkin. 2013. «Redefinición del concepto de populismo a partir de una lectura complementaria de la obra de Ernesto Laclau». (Tesis de maestría, Universidad Pontificia Javeriana, Bogotá).
- Hernández, Germana. 2010. «Los Consejos Comunales en Venezuela ¿proyecto político nacional o experiencia local?». (Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador).
- Hurtado, Héctor. 2015. «Una mirada al discurso populista de Hugo Chávez: tensiones entre ruptura y la tradición». *Aposta-Revista de Ciencias Sociales*, N° 66 (agosto-septiembre): 38-61.
- Laclau, Ernesto. 2006. «La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana.» *Nueva Sociedad*, N° 205 (septiembre-octubre): 56-61.
- . 2007. *La razón populista*. 2ª reimpresión. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Lander, Edgardo. s.f. «Izquierda y populismo: alternativas al neoliberalismo en Venezuela», *La política y el sistema político en la actual coyuntura venezolana*: 1-38. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.

- Levitsky, Steven y Loxton, James. 2012. «Populism and competitive authoritarianism in the Andes». *Department of Government, Harvard University*. Cambridge: 107-136.
- Maya, Margarita López. 2013. «Populism, Rentierism and Socialism in the Twenty-First Century: The Case of Venezuela.» En Carlos de la Torre y Cynthia J. Arnson, edit., *Latin American Populism in the Twenty-First Century*: 239-268. Washington, D.C.: Woodrow Wilson.
- Montúfar, César. 2014. «¿VIVIMOS EN DEMOCRACIA? ¿Y si no, entonces en qué? Aproximación al régimen político ecuatoriano 2007-2015». (Manuscrito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador).
- Mouffe, Chantal. 2014. *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. 2ª. ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Panizza, Francisco. 2008. «Fisuras entre populismo y democracia en América Latina.» En Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, edit., *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*: 77-95. 1ª ed. Quito: FLACSO, Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Quijano, Aníbal. 1998. «Populismo y Fujimorismo». En Felipe Burbano de Lara, edit., *El fantasma del populismo: aproximación a un tema (siempre) actual*: 171-207. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sartori, Giovanni. 1970. «Concept Misformation in Comparative Politics.» *American Political Science Association*: 1033-1053.
- . 2000. *La Política. Lógica y método en las ciencias sociales*. 2ª ed. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- . 2009. «Guidelines for concept analysis». En David Collier y John Gerring, edit., *Concepts and Method in Social Science. The Tradition of Giovanni Sartori*: 97-149. 1ª ed. Oxon: Routledge, 2009.
- . 2011. *Cómo hacer ciencia política. Lógica, método y lenguaje en las ciencias sociales*. Madrid: Taurus.
- Stanley, Miriam. 2014. «El populismo en América Latina.» *Scribd*. Consulta: 13 de agosto de 2015. <https://es.scribd.com/doc/207803890/Populismo-en-America-Latina-Miriam-Stanley>.
- UASB. 2014. *Manual de estilo*. Quito: Ediciones Fausto Reinoso.

- UNAM. s.f. «La cultura política: los conceptos fundamentales». *Universidad Nacional Autónoma de México*. Consulta: 19 de julio de 2015. <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/1/497/3.pdf>.
- Viguera, Aníbal. 1993. «'Populismo' y 'neopopulismo' en América Latina». *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 55, No. 3: 49-66.
- Vilas, Carlos. 1988. «El populismo latinoamericano: un enfoque estructural». IDES, Vol 28, N° 111: 323-352.
- Weyland, Kurt. «Clarificando un concepto cuestionado». En Carlos de la Torre, Hernán Ibarra, Kurt Weyland, *Releer los populismos*, 11-50. Quito: Centro Andino de Acción Popular-CAAP.